
WALLACE HERMANOS
MULTIMILLONARIOS
Kissing
MR. HATE
LINDA MOON

Kissing Mr. Hate

Wallace Hermanos Multimilionarios

Linda Moon



Linda Moon

Copyright © 2025 por Linda Moon

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada ni transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización previa y por escrito de la autora o del editor, salvo lo permitido por la legislación sobre derechos de autor vigente en los Estados Unidos y la Unión Europea.

Contents

Capítulo 1. Chloe

Capítulo 2. Graham

Capítulo 3. Chloe

Capítulo 4. Graham

Capítulo 5. Chloe

Capítulo 6. Graham

Capítulo 7. Chloe

Capítulo 8. Graham

Capítulo 9. Chloe

Capítulo 10. Graham

Capítulo 11. Chloe

Capítulo 10. Graham

Capítulo 12. Chloe

Capítulo 13. Graham

Capítulo 14. Chloe

Capítulo 15. Graham

Capítulo 16. Chloe

Epílogo



Capítulo 1. Chloe

El teléfono chilló tan bruscamente que di un respingo. Por supuesto, justo en el momento en que la señora Jenkins, nuestra clienta habitual, intentaba con una mano calmar al bebé y con la otra sacar de su bolso la confirmación de la reserva. El bolso, dicho sea de paso, parecía un agujero negro dispuesto a tragarse su brazo hasta el codo.

—Un segundo, señora Jenkins —exhalé, poniendo mi mejor cara de "todo está bajo control". Teléfono entre el hombro y la oreja, en una mano el pedido del room service, en la otra un montón de papeles para el check-in.

¿Quién fue el genio que dijo que la recepción era solo un mostrador y una sonrisa?

Miré por la ventana, en la siguiente calle. Nueva York seguía ahí: ruidosa, impaciente. Como si me empujara a moverme también.

La mañana era típica: ruido, caos, todo al mismo tiempo. Soñaba con una pausa, aunque fuera de un minuto. Y justo como por arte

de magia, todo empezó a calmarse un poco. Los clientes se dispersaban, la máquina de café se quedó en silencio y el vestíbulo se volvió un poco más tranquilo.

Puse el capuchino sobre el mostrador, me enderecé y respiré hondo. Me dolía la espalda. El aire olía a café y a algo hojaldrado y mantecoso —Laila otra vez estaba haciendo magia en la cocina.

La señora Jenkins volvió a acercarse. Dirige un negocio de belleza para mujeres, sola, con un bebé en brazos. ¡Es inspirador! Pero tenía un aspecto como si estuviera al límite —cansancio, un bebé inquieto y los ojos llenos de súplica.

Ni lo pensé. Simplemente, alcancé otro vaso, le serví café y lo coloqué con cuidado frente a ella.

—Aquí tiene. Seguro que lo necesita ahora mismo.

Levantó la vista y me miró como si le hubiera salvado la vida.

—Gracias… de verdad. Qué hermoso —susurró, observando la espuma en forma de corazón. Dio el primer sorbo y sus hombros bajaron.

—Puedo sostenerlo mientras elige algo del mostrador de repostería —le ofrecí, extendiendo los brazos hacia el bebé.

Una breve pausa, y con un suspiro de alivio me lo entregó.

—Eres un ángel, Chloe, solo con el pelo rizado oscuro. Cuántas veces pienso con gratitud en este hotel cuando vengo a los seminarios.

No dije nada, solo sentí que mi sonrisa se ensanchaba. El bebé se aferró de inmediato a mi collar, como si hubiera encontrado una nueva misión. Lo acunaba en brazos mientras ella examinaba el

postre de la mañana. Y, de pronto, sentí cómo se desvanecía la tensión, al menos por un par de segundos.

Recorro con la mirada el mostrador y, como siempre, me dan ganas de cerrar los ojos: tablets con listas de huéspedes, recibos, unas gafas olvidadas, el teléfono parpadeando con otra llamada perdida. Uno de los huéspedes dejó aquí un plato sucio —perfecto, ahora también soy camarera.

La idea del desayuno y café en un boutique-hotel, por cierto, fue mía.

"Aumentaremos el reconocimiento, atraeremos clientes casuales, mejoraremos la rentabilidad."

Sonaba genial. En papel. En la práctica: más gente, más alboroto, más limpieza. Y menos tiempo para respirar.

Pero basta con que alguien me mire con gratitud —de verdad, sin fingir, como la señora Jenkins— y, por algún motivo, recuerdo por qué hago todo esto.

Aunque sea por un rato.

Volví a mirar el escritorio atiborrado: la tablet con los formularios de registro estaba saturada y la pila de informes pendientes crecía cada día.

Carlos, el dueño fantasma del hotel, me había dejado todo encima —trato con los clientes, horarios, coordinación con el housekeeping… hasta la limpieza de habitaciones cuando faltaba personal. Y siempre faltaba personal. Intenté explicárselo, pero nunca se quedaba el tiempo suficiente para escucharme. Pero si había una respuesta de él sonaba algo así: *"no es buena práctica para ti."*

Esta era mi tercera doble jornada seguida. Apenas podía mantenerme en pie, equilibrando el trabajo con los plazos de la maestría. Pero no podía darme el lujo de frenar. Las cuentas de la universidad pendían sobre mí como una sentencia.

Ordené un poco, saqué mi viejo portátil —una reliquia lentísima— y me serví una taza de café. Al menos, el café aquí era gratis.

Además, vivía en un antiguo cuarto de almacenamiento adaptado como vivienda en el sótano —una especie de "bonificación" por el trabajo, si es que eso podía llamarse hogar. Me ahorraba mucho dinero, pero también significaba que Carlos sabía perfectamente que no tenía a dónde ir.

Se oyó el chirrido de la puerta de la cocina, y en el umbral apareció Laila —bostezando, con el delantal cubierto de harina.

—¿Te vas? —pregunté, dando un sorbo a mi café.

—Por fin. —Sonrió y se estiró—. Te dejé unos cuantos cruasanes en la cocina. Pensé que te vendrían bien.

—Eres mi salvadora.

Laila señaló con la cabeza hacia mi portátil:

—¿Proyecto final?

—No, solo para un curso de gestión hotelera. Lo tengo que entregar hoy.

Negó con la cabeza:

—No sé cómo lo haces —estudios a tiempo completo, turnos dobles, y, aun así, manejas este lugar mejor que Carlos en toda su vida.

Me encogí de hombros, demasiado cansada para volver a hablar de eso.

Sobre la puerta sonó el timbre. Alcé la vista… y el estómago se me encogió.

Ahí estaba. Graham Wallace. Mister Corporativo Perfecto.

Entró como si el lugar le perteneciera. Traje impecable. Seguridad en cada paso. El teléfono pegado a la oreja.

Ni siquiera me miró mientras caminaba hacia el mostrador, aun hablando por teléfono.

Esperé, conteniendo las ganas de poner los ojos en blanco. Últimamente, siempre venía a esta hora. Casi todos los días, a las 11:00.

Por fin colgó el teléfono y me dedicó esa sonrisa autosuficiente tan suya:

—Bueno, Bon-Bon. Estoy listo.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—Me llamo Chloe.

—¿Qué?

Señalé el gafete.

—Mi nombre. C-H-L-O-E.

—Okay —dijo tras una pausa—. Claro, Bon-Bon. Como digas. —Se apoyó en el mostrador—. Vamos a hablar de mi reserva.

Parpadeé.

¿Reserva?

Normalmente Graham solo pasaba por su habitual un late para llevar, repartiendo encanto y arrogancia por partes iguales. Pero hoy… hoy soltó la palabra "reserva" como si acabara de lanzar una bomba nuclear.

¿Reserva? ¿No late? Ajá. Ya empezamos. Ya sabía a dónde iba todo esto. Pero fingí que no entendía. Antes era solo café: con espuma, sin espuma, con nata montada, con azúcar batido. Y yo le habría dado un golpe en las pelotas para que también le quedaran bien batidas.

Esto sí que era nuevo.

Abrí el sistema y empecé a buscar. Y busco. Los dedos flotaban sobre el teclado.

—No veo nada aquí…

Su sonrisa se ensanchó aún más —claramente estaba disfrutando el espectáculo.

—¿Estás segura? Y ahí va, otra vez, mirando su reloj de lujo.

Siempre lo hace. Como si fuera yo la que le estuviera robando el tiempo valiosísimo… y no al revés. Claro, porque él no me lo roba jamás. Qué va.

Hacía clic desesperadamente, sabiendo perfectamente que él observaba cómo me invadía el pánico.

Al fin lo encontré.

—¡Aquí! —exclamé. Y me quedé congelada. Uy… Su habitación aún no estaba lista, el check-in era después de las 14:00.

Ni siquiera parpadeó.

—No hay problema. ¿Y el desayuno?

—Hasta las diez. La cocina ya cerró. Y hoy no está incluido.

Sonrió con suavidad —lo justo para que se me tensara el músculo de la sien.

—Déjame adivinar: ¿nada de excepciones?

—Solo si inventas una máquina del tiempo —dije con mi sonrisa más dulce.

—Perfecto. En ese caso, me tomaré un late para llevar, Bon-Bon.

Y ahí estaba —volvía a su repertorio habitual.

—¿En serio, Bon-Bon? —Golpeé el gafete con los dedos.

—¿Quieres que me lo tatúe en la frente? C-H-L-O-E.

—Podría ser —se rio, demasiado satisfecho consigo mismo.

Lo miré un segundo más de lo necesario, luego fui hacia la cafetera.

Lo juro, escuché su sonrisa clavándome en la espalda.

Volví con el late, pero ni siquiera extendió la mano para tomarlo. Solo… seguía ahí de pie.

—¿Algo más? —pregunté, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no perder la paciencia. Y lo miré a esos ojos verdes oscuros, más tiempo del necesario.

No porque me perdiera en ellos, no. Solo estaba calculando cuánto aguantaba sin decirle lo imbécil que estaba siendo.

—Creo que pediré un par de pastelitos. Y un cruasán de pistacho —dijo con desgano, saboreando mi irritación. ¿Sí hay?

Solté el aire con fuerza:

—Por supuesto.

En algún rincón muy profundo de mí, lamenté haberle propuesto a Carlos la idea de ofrecer repostería en los desayunos. Sí, el mini hotel se volvió popular, llegaron los clientes y el alboroto... pero con todo eso también apareció el Mister Hate Perfecto y su infinita exigencia.

—Cruasanes, donas, algo con canela. —Me encogí de hombros—. Todo lo que oficialmente se considera consuelo dulce y, no oficialmente, mi error vital personalizado.

Desde la cocina llegó el chirrido familiar de la puerta, y Laila pasó hacia la salida, lanzando unas palabras al vuelo.

—¡Quedan muchas donas de fresa y cruasanes de pistacho! ¡Recién hechos, por si acaso!

Gracias, Laila. Te adoro. Pero acabas de traicionarme delante del enemigo.

—Maravilloso —asintió Graham sin siquiera mirarla—. Entonces… tres donas y dos cruasanes.

Ya me lanzaba hacia la cocina, pero su voz continuó.

—Eh… no, espera… un mafin de fresa, una de vainilla y tres cruasanes de pistacho...

Estoy de espaldas, ya en dirección a la cocina.

—No, mejor otra de vainilla... Y también dos cruasanes simples.

Asentí sin decir nada. No sé si lo notó. Me di la vuelta. Me gustaría decir que ahí terminó todo. Pero, ja, claro que no.

Cuando llevé su pedido en la bandeja, no podía creer lo que dijo después.

—¿Puedes… empacarlo todo por separado? —añadió, como si acabara de inventar una nueva misión en nuestro juego llamado *Test de paciencia de Chloe*.

Me giré.

—¿Hablando en serio?

—Pues claro. Tengo una reunión. No voy a llegar con una bolsa como si fuera un estudiante con panecillos. Tiene que ser bonito y

estético.

—Ajá. Porque no hay nada más presentable que una mafin de fresa envuelta individualmente.

Él volvió a sonreír.

Por supuesto. Se estaba divirtiendo. Esto era entretenimiento para él.

Bienvenidos al Show de Bon-Bon y su supervivencia sin sistema nervioso.

Sabía quién era desde la primera vez que casi me llevó a una crisis nerviosa. Lo seguí desde la ventana, vi a dónde iba. Entró al edificio de la otra calle, el que tiene el letrero *Wallace*. Luego lo vi en las noticias: el hijo mayor de los Wallace, la corporación de inversión de capital. Me dejó perpleja. Pero no dejó de venir a nuestra cafetería en el pequeño hotel de boutique.

Empecé a empaquetar la repostería. Contaba mentalmente: cuántas mañanas más como esta me esperaban —y cuántas de ellas él arruinaría, el Señor de los Caprichos Consentidos.

—También un café.

Asentí. Ni me molesté en preguntar si con leche o sin.

Cuando se lo pasé, se quedó mirándolo un buen rato, pero al final lo tomó. Acomodó la tapa. No dio ni un sorbo.

Solo lo sostenía, como si fuera un accesorio de escena.

—Ha sido un placer, Bon-Bon —soltó antes de marcharse sin mirar atrás, como si acabara de cerrar una negociación clave con el Ministerio de Repostería.

Ring.

El timbre sonó —Graham salió, luciendo demasiado satisfecho de sí mismo.

¿Y yo?...

Me dejé caer en una silla y exhalé despacio.

Me contuve mucho para no lanzarle el grapador por la cabeza.

Aunque lo merecía.

Silencio. Al fin. Sagrado, como la primera cucharada de helado tras un día de mierda.

Duró exactamente tres segundos y medio.

Ring.

Se acabó. Empezó la oleada de check-ins. Y las habitaciones aún no estaban listas. ¡Maldición!

Lancé una mirada al mostrador —caos total. La tablet parpadeaba, la lista de limpieza gritaba en rojo. Panel de "catástrofe": activado.

Gracias, Graham. Tus caprichos gastronómicos oficialmente devoraron un tercio de mi mañana.

Guardé la tablet bajo el mostrador, me aparté el pelo del rostro, recompuse mi expresión y activé el modo “todo bajo control”.

Nueva oleada. Nuevas caras.



Capítulo 2. Graham

Las altas puertas de vidrio de Capital-Invest se abren automáticamente y apenas me acerco. El vestíbulo es aséptico, calculado, y lleno de reflejos. Camino con seguridad sobre el mármol, equilibrando una caja de repostería en la mano. Magdalenas, cruasanes. Rosados, brillantes, con chispas, como de fiesta infantil. No los como. Incluso verlos me irrita. Pero los traje.

Para ella.

Para molestar. Como corresponde a alguien que tiene el poder de decisión —y presupuestos multimillonarios. Es sorprendente cuánto placer se puede sacar al ver cómo a Chloe se le tensa la comisura del labio. Cómo respira hondo entre dientes. Cómo sus dedos empiezan a marcar un ritmo nervioso sobre el mostrador.

Conozco todos esos signos. Los colecciono, como un cazador sus trofeos.

Pero ella no es un trofeo.

Todavía.

Hago todo lo que suele hacer alguien que irrita al personal: miro el teléfono sin interrumpir la llamada; finjo que elijo café; la llamo como no le gusta: "Bon-Bon", aunque me odio un poco por eso.

Costumbre de mi padre. Para él, eso era tener estilo.

Ella me conoce. Desde hace tiempo. Me aguanta, no me ha echado. Así que seguimos jugando.

Dejo la caja sobre la barra de la cocina de la oficina.

—¿Qué es eso? —pregunta Cindy, mi asistente de agenda, sin levantar la vista.

—Pensé que al equipo le vendría bien algo dulce. Los lunes son un infierno.

Ella alza una ceja, escéptica.

—¿Estás enfermo?

—Casi. Pero resisto.

Toma una magdalena como si esperara encontrarse dentro del núcleo de una bomba atómica. Sonrío. A veces es útil hacer algo inesperado. Descolocar. Eso también es poder.

En una mano tengo la carpeta de cuero con la presentación. En la otra, una magdalena rosa con glaseado de fresa.

Sin caja. Solo la magdalena.

Dos chicas del equipo de marketing pasan cerca y me lanzan miradas de reojo. Una se ríe, creyendo que no la escucho.

Perfecto.

Soy uno de los herederos de un imperio empresarial. La cara pública de un fondo gigantesco. Y soy un tipo cargando una magdalena como si fuera una pieza frágil de arte moderno.

Pero no puedo tirarlo. Esa magdalena es... de esa caja. De esa donde todo viene con canela, pistachos y su molestia.

Chloe.

Fui al hotel a propósito. No por el café. Ni por la magdalena.

Aunque esa magdalena en particular, seguramente me lo entregó con esa expresión en la cara como si me estuviera maldiciendo mentalmente. Lo que lo hace, bueno… especial.

Entro en la sala de reuniones.

—Señor Wallace, llegó un poco antes —dice uno de los socios.

Asiento. Costumbre.

Dejo la carpeta sobre la mesa. La magdalena, al lado. Varias miradas se deslizan hacia él, pero nadie dice nada. Demasiado educados. O demasiado temerosos para preguntar.

Pues piensen lo que quieran.

Durante media hora hablo de financiamiento, flujos de inversión, riesgos. Asiento cuando toca, hago preguntas, respondo las complejas, ajusto cifras. Todo como siempre.

Modo automático.

Pero en medio de los gráficos y los indicadores, vuelvo a ver a Chloe. Su mirada molesta. Sus comentarios sarcásticos. La forma en que tamborilea con los dedos sobre el mostrador cuando quiere lanzarme la taza, pero se contiene.

Una diosa del autocontrol. Con extra. Con un miserable gafete.

¿Por qué me distraes, Bon-Bon?



Capítulo 3. Chloe

A las siete de la tarde, literalmente me arrastraba hasta mi trastero. Me dolían los pies, la espalda latía —como si alguien hubiera jugado al vóleibol con mi columna—, y el cerebro… simplemente se negaba a procesar información. Todo estaba envuelto en niebla, como si el día hubiera transcurrido bajo el agua.

¿Y lo más frustrante? Graham no apareció. Y yo, como una idiota, estuve todo el día echando miraditas a la puerta.

¿Cómo es posible que alguien arruine tu estado de ánimo simplemente *no* apareciendo? Eso ya roza el talento.

Tiré las llaves en el bolso y me fui a casa de Sofía. Su minúsculo departamento en East Village se había convertido en mi refugio: ese lugar donde una puede dejarse caer en el sofá, suspirar y olvidarse, aunque sea por unas horas del infierno hotelero.

Tenía allí todo lo esencial: un pijama extra, cosas valiosas, un par de camisetas y shorts. Y Sofía me había dejado un juego de llaves,

por si acaso. Porque una vez se le olvidaron las suyas y tuvo serios problemas para entrar.

Sofía abrió la puerta, me miró de arriba a abajo y frunció el ceño.

—Pareces como si te hubiera atropellado un autobús.

—Encantadora. Qué bueno saber que me extrañaste —murmuré, quitándome las zapatillas.

Señaló el sofá:

—Siéntate. Cuenta.

Me dejé caer, me recosté sobre los cojines y solo pude suspirar:

—¿Por qué se me ocurrió lo del desayuno? Croissants, café… sonaba tierno. Pero terminó siendo una película de terror. Y él… en el papel principal.

Ya le había contado sobre Graham. Sobre cómo me sacaba de quicio. Y me confundía. Y luego me volvía a sacar de quicio.

Sofía se sentó a mi lado y me pasó una copa de vino:

—Porque eres perfeccionista y no soportas ver cómo todo se hace mal. Pero, Chloe, no tienes por qué cargar con todo el hotel. Ni siquiera es tuyo.

—Lo sé —suspiré, dando un trago—. Pero si me voy, todo se desmorona. A Carlos le da igual. Hoy hice el check-in, revisé habitaciones, las limpié unas yo misma y respondí a cien preguntas sobre el "legendario desayuno". Qué plan genial el mío.

Sofía frunció el ceño:

—Siempre puedes venirte a vivir conmigo. No es el Ritz, pero al menos podrías dormir bien.

—Tentador —miré alrededor—. ¿Dónde? ¿En la bañera?

—Le metemos almohadas. Como en TikTok. Súper cozy.

Solté una carcajada, ya riéndome de verdad.

—Gracias, Sofi. Pero ya casi estoy en la recta final. Faltan unos meses. Y, siendo honesta, este trabajo es un buen entrenamiento.

Sofía se quedó callada, pero me observaba con atención. Sonreí, con algo de amargura.

A veces siento que no tengo otra opción. De verdad. Mis padres recorrían EE. UU. en una furgoneta, y de vez en cuando mandaban postales. Mi abuela me crio hasta que murió. Luego vino la tía, en la granja, fue un horror. Apenas logré escapar. Mi hermano vive en su mundo musical. Mantener contacto con él es como tratar de sintonizar radio con una cacerola.

—Si dejo el hotel, no solo pierdo el trabajo. Pierdo el techo y el desayuno. Literalmente. Y la experiencia… no tiene precio —añadí con una sonrisa torcida.

Sofía se rio.

—Bueno, al menos comida no te va a faltar.

—Ya me estás alimentando. El vino cuenta.

—Por supuesto —me guiñó y volvió a llenar mi copa—. ¿Y tú qué quieres, Chloe? En serio.

Me quedé en silencio. Luego respondí:

—Un hotel propio. Pequeño y acogedor, como ahora, pero mío. Con buen café, ideas que funcionen, con la gente que quiera venir a trabajar. Que sea auténtico. Sin apariencias como ese tal Mister Hate me robó toda la mañana hoy. ¿Puedes creerlo?

Le conté con lujo de detalles lo que había pasado. Mi indignación. Cómo esta gente rica no respeta ni valora el tiempo de los demás.

—Mira que deberías mirarlo bien. Admítelo, te gusta. Nunca hablas tanto de nadie. Vamos, admítelo.

-¿Qué? ¿¿Mister Hate Perfecto?? ¡Lo detesto con todo mi corazón! Es un snob malcriado.

Sofía no respondió de inmediato. Solo sonrió —suave, en silencio. Había más apoyo en su mirada que en cualquier palabra. Llevaba un mes contándole lo mucho que me sacaba de quicio ese tal Graham Wallace. Ella solo se reía y soltaba cosas como *"¡Oh, ooooh!", "¡AAAA, es tu oportunidad!"*, o *"¡Dale su merecido!"* Y siempre terminábamos riéndonos.

Pero hoy agarró el control remoto y dijo:

—Basta de drama. ¿*Crueles* o *10 cosas que odio de ti*?

—*Crueles* —respondí sin pensarlo.

Nos tiramos en el sofá, con la caja de pizza al lado y copas de vino en la mano.

A mitad de película, Sofía puso pausa. En la pantalla, Cher luchaba por sobrevivir al volante.

—¿Tú crees que el Mister Hate sería de los que gritan si no te cambias de carril a tiempo?

Gemí:

—Graham contrataría a alguien para que gritara por él, mientras él se queda en el asiento trasero, tomando su late y criticando el tono de voz. *"Demasiado poco condescendiente",* diría.

Sofía casi se ahoga de la risa con el vino, y yo me uní, soltando una carcajada.

Durante los siguientes treinta minutos, el día pareció retroceder. Los problemas quedaron en pausa.

¿Y mañana? Mañana tendría lo suyo.

Pero hoy… hoy simplemente me permití a *estar un poco relajada*.



Capítulo 4. Graham

Nueva York rugía de fondo —como siempre: demasiado alto, demasiado rápido.

—Pensé que no ibas a venir —dijo Eric, llegando tarde, como de costumbre.

Miré el reloj. Hoy, tardó cinco minutos. Pero es mi amigo, no mi empleado. A veces se me olvida.

Eric hizo un gesto con la cabeza y sonrió de lado, luego se quedó mirando el teléfono, probablemente leyendo un mensaje. Nos encontramos en el restaurante de la esquina casi todos los días, ya fuera al mediodía o por la noche, para intercambiar impresiones y sarcasmos del día.

—Ya pedí lo de siempre. ¿No te importa?

—¿Fuiste otra vez? —preguntó sin despegar los ojos del móvil.

—¿Dónde?

Eric alzó una ceja.

—No te hagas el idiota. A "La Rue". Te vi esta mañana.

—Solo pasé un momento.

—¿La sexta vez en la semana?

Me encogí de hombros. Eric soltó una carcajada.

—Tienen buen café. Y el personal es lo suficientemente hostil como para mantenerme alerta.

—Ajá. No te basta con el café en la cama de Christine, prefieres personal con nombre. ¿Cómo era? ¿Chloe?

—Buena información. O Bon-Bon, como a ella no le gusta.

Eric bufó.

—Tengo mis fuentes. Mira, puedes seguir fingiendo que lo haces por aburrimiento, pero todos sabemos que cuando tú quieres algo —lo consigues. Contratos. Dinero. Mujeres. Todo. Es una envidia.

Di un sorbo.

—No quiero a Chloe. *Por ahora.*

—Claro que no. Por eso entraste a su hostel a comprar magdalenas para toda la oficina. Como una abuelita amorosa.

—No es asunto tuyo. ¿Y quién te da información desde la oficina? No pienso justificarme. Fue una provocación. —Me dio risa lo que Eric se imaginaba.

Puso los ojos en blanco.

—Vale, en serio. ¿Estás enamorado? La defiendes como si lo estuvieras.

Resoplé.

—Tengo una mascota a domicilio: Christine. Modelo de una campaña de Givenchy. La desnudez es su idioma principal. Un pecado brillante y ambulante. Es suficiente.

—¿Y? No creo que Christine se oponga si Chloe se suma. ¿Un trío, quizás?

—Eres un enfermo. Y sí, ¡lo admito! Pienso en ella —asentí en dirección al pequeño hotel—. Quiero pasar por ese maldito lugar y asegurarme de que Chloe esté bien. Con Christine, todo es simple.

Eric se quedó quieto, luego se recostó lentamente en la silla.

—Impresionante. ¿De verdad no sabes qué hacer con eso?

—Claro que sé —solté—. El problema es que con ella no funciona ninguna de mis estrategias. Cualquier otra ya me habría echado o saltado encima. Pero *ella*... No quiero, ni puedo, simplemente acostarme con ella y olvidarla. Y siendo honesto... ni siquiera sé si eso es lo que quiero.

Me miró, esta vez sin sarcasmo.

—Okay. Entonces vete y haz algo.

—Me da igual. Solo me mantiene activo todo el día su sarcasmo. Y con ella no se puede planear nada. No se deja analizar, no le importan el dinero ni los nombres. Eso es mi suposición. Con ese cuerpo y un poco de carisma podría tener a cualquier multimillonario. Ella sabe quién soy, pero no muestra el menor interés. Todo en ella es emoción, impulso, cambios de tema. —Me callé. Me di cuenta de que había dicho demasiado.

—Mmm. Esto te toca. Tú quieres obediencia y control.

—Y siempre los consigo.

Silencio.

—Sabes... —dijo Eric despacio—. O simplemente deberías acostarte con ella y sacártela de la cabeza… o regalar unas flores…

Me adelanté, interrumpiéndolo, a regañadientes. Luego sonreí con ironía.

—Vaya, despertó el romántico. Tú sabes que no hablo de sentimientos.

—Ajá. Tú eres Wallace. No sientes. Firmas contratos y pides a las mujeres como si fuesen unas copas de vino. Pero aquí estás, por tercera vez, y todo el tema... es ella.

Exhalé y miré hacia la calle. En algún lugar por ahí estaba su hotel. No el nuestro. No el mío. *El suyo*. Su territorio.

—Pero me gusta cómo me mira —dije—. Como si no fuera un dios, ni una marca, ni un número en una tarjeta bancaria.

Eric esbozó una sonrisa.

—Tiene su encanto. Bueno, vamos a comer.

Ya ni recuerdo cuándo empezó todo esto.

Quizá fue aquel primer día, cuando Chloe dijo "no soy Bon-Bon" con ese tono como si pensara enterrarme vivo bajo una avalancha de azúcar.

O tal vez fue aquella vez que simplemente me miró, y por primera vez en mucho tiempo no supe qué responder.

No es que esté sintiendo *algo*. No soy de esos.

Y menos por alguien que apenas conozco.

Pero ella… era diferente.

Y, maldita sea, eso me sacaba de quicio.

Hice una seña a la camarera —alta, rubia, cuerpo de anuncio de bikini. Se acercó de inmediato y se inclinó como si el menú estuviera sobre mis piernas.

—¿Van a pedir algo más? —preguntó con voz de jarabe de azúcar.

—Old Fashioned —dije, corto.

Me trajo el vaso, casi rozándome la mano con los dedos.

—¿Algo más, guapo?

—Estoy bien, Bon-Bon. Tráenos un menú otra vez para mi amigo. Gracias.

Ella sonrió de oreja a oreja. "Bon-Bon" no la molestó. Típico.

—¿Es nueva? —preguntó Eric cuando ella se alejó.

La camarera volvió por los menús y nos guiñó un ojo sin sutilezas. Eric aprovechó para lanzar:

—Rollitos de pollo y otro coqueteo como propina. Y tu número de teléfono, por favor —añadió con una media sonrisa.

Asentí hacia ella.

—Lo mismo. Pero sin número y coqueteo.

Ella rio por lo bajo y se fue. Eric y yo nos miramos.

—¿Y eso? ¿Te volviste monje?

—No. Solo que no me interesa.

—¿No te interesa una camarera guapa en vestido ajustado?

—Son todas iguales. Trabajan para hacer contactos. La estrategia es simple: posición cercana al tipo con traje.

—¿Y eso es malo?

Me encogí de hombros.

—No tienen garras.

—Ah, ya entiendo. ¿La tuya tiene colmillos?

—Exacto.

—¿Y no vas a hacer un movimiento?

—No tiene sentido. Me va a mandar al diablo. Cien por ciento.

—Entonces, ¿se puede ganar contra ti?

Lo miré, tranquilo. Sin sonrisa. Volvíamos a hablar de Chloe. ¡Otra vez! *Qué rabia.*

—No juego si no hay forma de ganar.

—O quizás solo tienes miedo de que esta vez no ganes tú.

No dije nada. Porque el cabrón tenía razón.

Seguimos hablando de negocios, del trabajo, de los chismes familiares —los míos y los suyos. Y casi no pensé en ella... hasta que nos despedimos.

Y Eric lanzó otro dardo:

—¡Nos vemos mañana, amante de los Bon Bons!

Y otra vez, *zas*, mis pensamientos volvieron a ella.

Al salir del restaurante, caminé hasta ese pequeño hotel de boutique. En recepción había un chico joven. Miré el reloj: 19:30. Ya había terminado su turno.

El recepcionista me miró con curiosidad. No dije nada. Me giré y salí.

Hoy terminó su turno. Llegué tarde. Espero que, al menos, esté descansando.

Mierda. ¿Por qué me preocupa tanto?

Claro que averigüé algunas cosas. Sé que vive en el hotel, que trabaja y además estudia. Impresionante.

Tal vez debería dejarla en paz, dejar que viva su vida tranquila.

Con esos pensamientos llegué a casa… y llamé a Christine para que viniera a aliviar mi tensión.

Pero no la llevé a mi habitación.

No era por eso... Simplemente... no quería que su olor se quedara en las sábanas. Ese era *mi* espacio. Limpio. Sin vínculos. Sin mujeres

que saben dónde está cada cosa.

Por eso: séptimo piso. Una de las habitaciones de invitados. Cerrada por mantenimiento. Sin cámaras. Sin preguntas.

Christine entró primero, ya quitándose la chaqueta, mirándome como si lo entendiera todo.

Por supuesto que lo entendía.

—Hola, Graham... —dijo, apoyándose en la pared.

No le respondí.

Simplemente, di un paso hacia ella, la agarré por la cintura y la giré bruscamente. Se golpeó el hombro contra la pared, pero no dijo nada. Le gustaba. Le gustaba que yo fuera brusco. Le gustaba ser usada.

Me bajé la cremallera, le tomé el cabello y sin una palabra más, entré en ella. Rudo. Directo. Sin sentimentalismos.

El cuerpo se movía solo —rítmico, fuerte. La estaba follando mientras me aferraba a los pensamientos, tratando de expulsarlos todos: a Chloe cansada, su voz, sus ojos cuando se acomoda el gafete, su maldito olor a canela y café.

Christine gemía, se aferraba a la pared, murmuraba algo, pero yo no escuchaba. Esto no iba sobre *ella*. Iba sobre el silencio. Sobre apagar todo.

—Sigues igual... —susurró—. Rudo. Rápido. Como me gusta.

La jalé hacia mí, la apreté contra mi pecho.

—Eres solo mi puta, Chris.

Ella solo rio.

Di la última embestida —profunda, como si pudiera borrar lo que sentía.

El orgasmo pasó como un destello —sin placer. Solo descarga. En mi cabeza, el zumbido seguía igual.

Me aparté, me limpié sin mirarla siquiera. Fui al baño, me lavé las manos. Cuando salí, ella ya se estaba subiendo el vestido, mirándose en el espejo.

Me quedé quieto un segundo. La observé —hermosa, vacía.

Luego salí. Sin mirar atrás. Ella sabía que podía quedarse hasta la mañana, usar el servicio de habitaciones y hacerse sus fotos de Barbi en el hotel de lujo.

Mañana, una buena suma caerá en su cuenta por sus servicios. Sin preguntas.



Capítulo 5. Chloe

Abro la cámara frontal del teléfono y me acomodo el cabello. Nada especial. No! No me importa.

Me recojo la coleta con un toque firme. Un poco de rímel, para que los ojos brillen más azules. Brillo de labios —transparente, sutil, suficiente. Lo justo para no parecer que me he arreglado... aunque sí lo he hecho. Transparente. Discreto. Práctico.

Porque tengo los labios resecos. Obviamente.

Y claramente no es porque son las once menos cinco.

Y él puede entrar en cualquier momento.

¿Qué estoy haciendo?

No estoy coqueteando. No tengo tiempo para eso.

Los chicos no están en mi agenda. Tengo una tesis, un hotel, y una vida que arde por tres frentes a la vez. Y, sinceramente, después de una cita con un tipo que vomitó sobre mí en la barra, y otra en la que me quedé dormida con la cara en el pesto, oficialmente me di permiso de no volver a salir con nadie.

Pero ya van tres días seguidos en los que me pongo brillo y me arreglo el pelo justo dos minutos antes de que el *mister Hate o todo bajo control* entre por la puerta.

Graham Wallace.

O, como lo llamo mentalmente, *Mister Rompe Rutinas*.

Viene todos los días. Casi siempre a la misma hora. Por café. Y por… no sé cómo llamarlo.

¿Interacción? ¿Duelo verbal? ¿Por esa dinámica donde yo lo soporto y él finge no notar que lo estoy soportando?

Me saca de quicio. Pero escucha. Observa.

No se da la vuelta cuando hago un chiste cortante. No se ofende. Parece disfrutarlo.

Y eso asusta. Porque la mayoría de los hombres se ponen a la defensiva o se refugian en su iPhone.

Pero él se quedó. Mira.

Y, maldita sea, se ve *demasiado* bien con esas camisas suyas.

Intenté no prestarle atención. No vino durante tres días, desde aquella vez en que me robó toda la mañana.

Exhalé y me limpié el brillo con una servilleta. Demasiado ridículo. Volví a ser yo. Seria, tranquila, contenida.

Desde atrás, escuché una voz:

—¿Estás bien?

Di un respingo. Laila estaba en la puerta de la cocina, con la cinta en la cabeza.

—Todo bien. Solo... labios secos —solté, sin mirarla.

Entrecerró los ojos, colgó el delantal en un gancho y se acercó al mostrador.

—¿Esto es por él, verdad? ¿Alto, traje caro, mirada de "sé que soy guapo"?

—Solo es un cliente.

—Un cliente por el que te maquillas. Eso es servicio prémium, Chlo.

—Solo tengo los labios secos, Laila. Hidratación básica. Higiene elemental.

—Ajá. Claro. Y yo horneo cruasanes por amor al arte.

—¿Ya te vas?

—Ya me voy —bufó—. Para que puedas sonrojarte tranquila cuando veas su reloj caro.

Me hizo un gesto y salió. Apenas logré soltar el aire... y sonó el timbre sobre la puerta.

Ahí estaba.

Inmediatamente, aparté la vista y fingí estar ocupada en el mostrador. Reacomodaba los menús. Giraba la porta-tarjetas. Cualquier cosa para no ser yo la que lo mire primero.

Pero lo *sentía*.

Como si el aire se volviera más denso.

—Hola —dije, con un tono fingidamente sorprendido. ¡Oh! ¿Usted está aquí? ¡Qué inesperado!

—Hola —respondió.

Y me miró. Directo. Con calma. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Y, por supuesto, se veía impecable.

Traje gris claro. Camisa blanca. Abrochada justo hasta donde debía.

El aire incluso olía a perfume caro y autoconfianza.

Tragué saliva.

—¿Qué va a tomar?

Me giré hacia el mostrador y estaba por alcanzar un vaso, cuando dijo:

—La llave de la habitación.

¿Otra vez? Me quedé congelada a mitad de frase. A medio movimiento.

—¿Perdón?

Me miraba fijo. Tranquilo. Con esa expresión que a otras les aflojaría las piernas… y a mí me dan ganas de tirarle una bandeja de café encima. Pero claro, el labio inferior decidió encajarse entre los dientes. Mi gesto favorito es cuando los nervios ganan sin pedir permiso.

—La habitación —repitió—. A nombre de Graham Wallace. Reservé hace tres días. ¿Lo recuerda, señorita Minar?

Asentí, activando el modo recepción. *Déjà vu.* Abrí la pestaña del sistema. Verifiqué. Lo encontré.

Pausa.

Él no dijo nada. Ni una palabra. Simplemente, se giró un poco hacia la ventana. Y me pareció —¿o fue real?— que se le tensó el rostro.

La comisura de los labios. Como si ahí hubiera una sonrisa. Casi imperceptible, pero la sentí en la piel.

Él lo sabía. Sabía exactamente lo que hacía al venir así —sin avisar, sin llamar, sabiendo que me iba a dejar contra las cuerdas.

—Un segundo —dije rápido, escondiendo la irritación bajo una capa de cortesía mientras hacía clic frenéticamente.

Mi cabeza giraba a mil: *¿hay algo libre?, ¿alguna habitación?, ¿una opción, lo que sea…?*

Él seguía junto a la ventana, como en una vitrina: traje perfectamente planchado, manos en los bolsillos, perfil digno de manual de arquitectura.

Odio sentir esto.

Odio que cada uno de sus movimientos me dispare los nervios.

Fingía trabajar.

En realidad, intentaba controlar la respiración.

Iba pestaña por pestaña, revisando cada rincón del sistema. Nada. Todas las habitaciones estándar están ocupadas.

Suite —ocupada.

La reserva existía. Pero no quedaba nada, excepto el *lujo*. Esa habitación que no asignamos a cualquier huésped. Pero, siendo sincera, hoy lo habría mandado a dormir entre cubos de limpieza con tal de no sentir que estaba perdiendo esta partida.

Tomé aire y levanté la vista.

—Solo queda una suite. Por una noche. Mañana en la mañana se libera una estándar, podríamos hacer el cambio. Pero el precio es más alto.

Él seguía de espaldas. Manos en los bolsillos. Giró la cabeza y me miró.

Sus ojos recorrieron mi cara con calma —sin molestia, sin sorpresa.

—La suite está bien. Estoy acostumbrado a lo bueno. Y no me gusta esperar.

—Entonces lo registro —respondí.

Tecleaba rápido, como si mi autocontrol dependiera de la velocidad.

Mientras tanto, él se acercó, colocó su tarjeta sobre el mostrador, sin quitarme los ojos de encima. Yo intentaba no devolver la mirada.

Cuando le pasé la llave magnética, mis dedos rozaron su mano.

Calor.

Y recién ahí percibí con claridad su perfume —especias orientales. Y esa manera de estar —como si el mundo pudiera esperar lo que él decidiera tardar en parpadear.

Pasó la tarjeta por el terminal. Luego le di las instrucciones. El silencio se adueñó de la recepción.

—¿Algo más? —pregunté, tan neutra como pude.

Tomó la llave, se detuvo un segundo.

—Solo un café. Con crema. Y un poco de tu irritación —ya me acostumbré a ella.

Puse los ojos en blanco.

—Se acabó la crema. Pero la irritación sobra.

—Entonces está perfecto.

Esbozó una ligera sonrisa y se fue.

Fingí no seguirlo con la mirada. Pero, claro, el corazón me traicionó. Sentía cómo se me calentaban las mejillas, y no era por la temperatura del lobby.

Se fue.

Simplemente, se dio la vuelta y salió, no rumbo a la suite, sino hacia la puerta. ¡Maldito sea, como te odio, Mister Hate!

Como si nada hubiera pasado.

Y a mí me quedó algo atorado en el pecho —no el corazón. Más bien… enojo conmigo misma.

¿Por qué me afecta tanto cuando él está cerca?

¿Por qué noto lo bien que le queda el traje en los hombros? ¿Qué me importa si se hospeda o no?

¿Por qué pienso en cómo dijo ese "no me gusta esperar", como si el mundo tuviera que girar en torno a él?

Miré el teclado. Mis dedos todavía temblaban, apenas.

No me gusta. Seguro que no.

Solo… no me deja respirar.

Me mordí el labio y me preparé un doble espresso. Sin crema. Sin bromas.

***

Había silencio. Mediodía. Un estado raro, casi sagrado, para esta hora en un hotel.

Subí un poco el volumen de la música ambiental. Solo para no escuchar el zumbido del refrigerador. O el latido de mi propio corazón, marcando un ritmo ansioso, sin razón aparente.

Fui a revisar la checklist en recepción: cafetera, llaves, papel en el datáfono, wifi para huéspedes… todo en orden. Incluso me dio tiempo de pensar en comida, lo cual ya era un logro en sí.

Luego sonó una de mis canciones favoritas —ligera, con un beat que parecía hecho para moverse con él.

No bailé. Solo… me moví. Un poco. Al ritmo. Con los pies, las caderas, los hombros. Incluso canturreaba en voz baja. ¿Por qué no? No había nadie.

Agarré el trapo y empecé a limpiar el mostrador, todavía en movimiento. Y justo en ese momento… alguien carraspeó.

Me giré de golpe y casi se me cae el trapo.

Contra la pared estaba Graham. Apoyado de hombro, manos en los bolsillos, una expresión de puro entretenimiento en la cara. No era la primera vez que observaba sin que me diera cuenta.

No lo oí entrar. La música ahogó incluso el sonido del timbre.

—Dios —exhalé, llevándome la mano a la boca—. ¿Siempre aparece así de silencioso?

Como diablo, quería decir, pero me detuve.

—¿Y tú siempre haces shows en recepción? —levantó una ceja, divertido.

Volví detrás del mostrador, bajé el volumen de la música y oculté mis orejas ardiendo bajo una expresión de falsa calma.

—No sueles venir a esta hora.

—Tenía ganas de café. Y, al parecer, de un espectáculo. Combo perfecto.

—Genial. ¿Quieres que te traiga palomitas también?

Él solo sonrió y dio un paso más hacia la barra.

—Descafeinado. Negro. Y perdón por esta mañana —dijo, extendiéndome la llave. Nuestras manos se rozaron otra vez.

—Wow. —Fingí sorpresa—. ¿Un nuevo nivel de madurez? Perdón, no debería comentar tus acciones. Eres nuestro cliente.

—Aceptado. Ahora solo quiero café sin consecuencias.

Me hacía sonreír, pero me aguanté. Saqué una taza y puse a funcionar la máquina. Él se sentó en un taburete alto, un poco a la

derecha del mostrador —por primera vez. Normalmente, solo toma el café y se va.

Puse la taza frente a él, giré el azucarero y le pasé una cucharita.

—¿Crema? ¿O también decidiste prescindir de eso?

—Azúcar. Solo azúcar.

Comenzó a revolver. El sonido de la cuchara contra la taza parecía demasiado fuerte para tanta calma.

No sabía dónde poner las manos. Solamente me quedé de pie, mirando a un punto cualquiera y evitando ver cómo movía la cucharita, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

La música de fondo era tranquila y relajante. Y la atmósfera… casi la de dos personas normales. Me dejé llevar, por un segundo.

—¿Planes para esta noche? —pregunté, solo para romper el silencio. Pero me arrepentí al instante: sonó demasiado a invitación.

—Cama.

Gracias, cerebro, por la imagen.

Asentí, como si no me lo hubiera imaginado en ella. *Obviamente no.*

Pasó una mano por su cabello. Los hombros relajados. La mirada, menos afilada que por la mañana.

Él es solo una persona. Un poco cansada, pero...

—El café caliente ayuda. Incluso sin cafeína. Y tal vez ordeno una comida de china.

Sonreí apenas. De China. Él.

—Yo tengo fideos instantáneos y la esperanza de dormir sin pesadillas.

Asintió.

—¿Mañana estás libre? —preguntó de forma directa, sin rodeos.

Parpadeé.

—¿Cómo?

—Cena. Sin sarcasmos. Sin el mostrador entre nosotros.

—O sea… —me tensé—. ¿Me estás pidiendo… una cita?

Me miraba tranquilo. Sin insinuaciones. Sin teatrales. Solo me miraba.

—Si no tienes inconveniente.

Asentí despacio, aunque por dentro todo se revolvía.

—¿Solo una cena?

—Solo una cena. Y, tal vez, un café decente que no tengas que prepararte tú.

Esbocé una leve sonrisa.

—Si no hay ostras… lo consideraré. ¿Y puedo llevar a una amiga?

—Tienes miedo de quedarte a solas conmigo, Bon-Bon.

El silencio se coló entre los dos. No sabía dónde mirar. Ni qué hacer con las manos.

—Hecho.

Terminó el café, sacó la billetera del bolsillo y dejó un billete de cincuenta sobre el mostrador. Sin decir nada.

Miré el billete, luego a él.

—Esto es… demasiado. El café cuesta cinco.

—Lo sé. Quédate con el cambio.

Graham se inclinó apenas sobre el mostrador. Su voz bajó.

Se dio vuelta y ya se dirigía a la salida cuando dijo por encima del hombro:

—Mañana. A las siete. Toma un taxi. Te mando la dirección. No lo pienses, solo… vamos a cenar.

—Gracias —murmuré, casi sin voz.

La puerta se cerró suave, casi sin ruido.

Y yo seguía ahí, mirando el billete y el café. Como si el café pudiera explicarme qué demonios acaba de pasar. Pero no importa: doy un par de vueltas de alegría. ¿Una cita? ¿Con ÉL?

¿Pero cómo narices tiene mi número? ¿Y mi apellido? ¡Si en la placa solo pone mi nombre!



Capítulo 6. Graham

Puse la taza sobre el mostrador y la miré. Intentaba parecer tranquila, pero sus dedos la delataban. Se deslizaron por el borde, como si quisiera borrar el roce que acababa de suceder hace un segundo.

No dije nada. Simplemente, saqué la billetera y dejé un billete de cincuenta sobre la barra. Sin comentarios.

Las propinas no van sobre el dinero. Van sobre el momento.

Ella miró el billete, visiblemente confundida.

—No hace falta cambio.

Parpadeó. Luego volvió a mirar.Como si su cabeza hiciera cuentas. Cinco dólares por el café. Cincuenta.

Matemática simple. La reacción… no tanto.

No sabía qué responder. O tal vez sí sabía, pero su filtro interno se activó. No soltó ni una broma ni una pulla.

Interesante.

Decidí no presionar.

—Mañana. A las siete. Toma un taxi. Te paso la dirección. No pienses, solo… vamos a cenar.

Asintió. Con cierta duda. Pero fue un asentimiento.

Me di la vuelta y caminé hacia la salida. Y al cerrar la puerta tras de mí, sentí su mirada sobre la espalda. La misma de siempre: contenida, observadora.

Casi profesional.

Casi.

Y me alcanzó su susurro, arrastrado por el aire que se colaba por la puerta.

—Gracias.

Mierda. ¿Qué fue eso? Solo era una propina generosa por su paciencia. Nada más.

***

Bloqueé la pantalla del teléfono y lo lancé al sofá.

Eric aceptó acompañarme. No es que esté planeando una cita doble. Y mucho menos con Chloe.

Pero ella dijo que podía traer a una amiga. Y lo dijo de esa forma en la que… bueno, como si salir conmigo fuera territorio potencialmente hostil, al que es mejor entrar con refuerzos.

¿Lógico? Tal vez. ¿Agradable? No mucho.

Solo espero que no sea por ese "no me siento segura". Porque, como sea, aceptó venir.

Me dejé caer contra el respaldo del sofá y miré el techo.

No pienses. No intentes analizarla. De todos modos, va a presentarte una nueva versión de si misma la próxima vez que se

vean. Es impredecible.

Seguramente solo se trata de malas experiencias previas. Tengo tres hermanos y una hermana menor. He escuchado historias que ponen los pelos de punta.

Y, siendo sincero, no quiero saber con quiénes salió Chloe antes de mí. Si acaba de vivir en un hotel de mierda y trabajar como una esclava. Yo también vivo en un hotel, pero es de mi familia, de lijo, y bastante cómodo para un hombre como yo.

Solo pensarlo de ella y su situación me… molesta. Es absurdo. Lo sé. Pero igual me molesta.

Eric, por cierto, al principio dijo:

—Ni de coña.

Pero luego le recordé aquella vez en la universidad en la que me arrastró a ser su "ala" y él se esfumó, dejándome durmiendo en el pasillo del dormitorio, en una alfombra, entre la máquina de refrescos y la puerta del baño.

—Me debías una. Ahora estamos a mano.

Ese recuerdo nos hizo reír. Y él accedió.

Y si soy completamente honesto, tal vez su presencia no sea tan mala idea. Si todo va mal, al menos tendré con quién cruzar un par de palabras.

Lo peor es el silencio con alguien a quien quieres tocar, no hablar.

Fui a la cocina, recalenté comida china en caja, y abrí una cerveza. Había sido un día pesado.

No mentí cuando le dije a Chloe que mi plan para hoy era cama. Necesito recargar pilas.

El fin de semana es mi único salvavidas. Eric me propuso ir a un nuevo club la semana que viene. Rechacé la idea. Pero le dije: "Lo pensaré". Y él sabe perfectamente lo que eso significa.

No me importa que me llame abuelo si quiere.

***

A la mañana siguiente me desperté con esa sensación en el estómago. Nervios. La cita es dentro de nueve horas y ya tengo la adrenalina encima.

No se trata de "¿qué me pongo?". No se trata de "¿qué digo?".

Se trata de que **no estoy acostumbrado a ponerme nervioso**.

Con las mujeres todo siempre ha sido sencillo: me gusta —me acerco, hablo, tenemos sexo. Fin. Christine siempre está disponible para cumplir cualquier deseo. Si no ella - las otras.

Sin química, sin "¿y si…?".

Pero ahora… ahora todo se salió de control. Y en los pantalones se me agitaba solo con recordar cómo nos rozamos las manos ayer.

Sacudí esa imagen. Fui al gimnasio. Me duché. Pido servicio de habitación: Huevos revueltos, tostadas, café. Abrí los documentos de trabajo.

Dos horas después, me sentía más tranquilo. Casi yo mismo.

Y Chloe… Chloe, por cierto —aunque parezca raro— ya no me odia tanto. Algo es algo.

***

A las seis en punto —golpe en la puerta.

Todavía me estaba secando el pelo con la toalla. Me acerqué y abrí.

—Necesito whisky. Urgente —soltó Eric y entró como un huracán.

—Hola, yo también me alegro de verte.

—Ni empieces, Wallace. Tengo una cita a ciegas. *Por tu culpa*. ¿Y si es fea? ¿Y si además es gorda? ¡Dios! Solo de pensarlo me mareo. ¡No quiero salir!

Saqué la botella y serví dos vasos.

—Ahora estamos a mano.

—¿Hablas en serio? Eso fue hace siglos. Y la alfombra *ni siquiera* estaba tan sucia.

—Olía a refresco rancio y soledad.

Rodó los ojos y se tomó el whisky de un trago. Yo también.

La verdad, me temblaban un poco los nervios.

Un poco de valor líquido nunca está de más.

—¿Al menos la viste?

—No.

—¿Sabes algo de ella?

—Casi nada. Solo el nombre. Chloe, esa es la mía.

—No hablo de ella, hablo de *su amiga*.

—No. Por cierto, a Chloe "Bon-Bon" lo mejor no se le digas.

Se sirvió más y me señaló con la botella. Le di un poco. Suficiente para soltarlo, pero no para que se arrepienta mañana. Miro al reloj.

—Tengo que cambiarme —dije, caminando al dormitorio.

—Pareces una chica —gritó él desde el salón.

—Y tú, un personaje de comedia barata. Sin líneas memorables.

Me planté frente al espejo. Camisa, pantalones de vestir. Demasiado formal.

Los cambié por un suéter negro y vaqueros oscuros. Más relajado, pero igual con intención.

Cuando salí, él estaba en el sofá, con los brazos cruzados.

—¿Listo, Cenicienta?

—No me provoques.

—¿A dónde vamos siquiera?

—A un café - "*Vanilla Garden"*.

—No me jodas. ¿Un lugar con ese nombre? ¿Y por qué no *Grilló*? ¿O al menos un club de striptease? ¿O? ¿O club de roquero?

Parecía que Eric iba a caer en suelo como un niño caprichoso.

—Ella ya piensa que soy un snob inflado. Tú aún te comportas como si tuvieras diecisiete. Al menos en *Vanilla Garden* hay música en vivo. Si la cita fracasa, nos reímos del cantante.

—¿Música en vivo? ¿Micrófono abierto? ¿Karaoke? Odio esos sitios. Eres un bastardo, me debes una.

—Ajá. Ya hay fila para el asunto de la alfombra.

***

Llegamos al Vanilla Garden en diez minutos. Nos detuvimos frente a la entrada. Yo ya casi no escuchaba los lamentos de Eric, pero en un momento logró sacarme de quicio.

—Eric, por favor, deja de quejarte. ¿Y si es tu destino? Ya me lo vas a agradecer.

Justo las siete. Miro el reloj. La vi de inmediato. Chloe.

Llevaba un vestido claro, sin mangas, y el cabello —suelto. No fue recogido en su típica coleta estricta, sino en ondas suaves que le caían hasta los hombros. Sabía que era guapa. Pero ahora… ahora simplemente apagaba todo a su alrededor.

Eric, por supuesto, se dio cuenta.

—Joder… —murmuró, empujándome suavemente con el codo—. Y su amiga, por cierto, tampoco se queda atrás.

Aparté la vista de Chloe para mirar a la que la acompañaba: alta, pelirroja, pómulos marcados y un escote que claramente no era casual. Totalmente el estilo de Eric.

Él silbó por lo bajo. Las chicas lo oyeron y se voltearon.

Nos acercamos. Saludos rápidos, nombres, una pizca de incomodidad. Alguien hizo una broma. No fui yo. Un segundo de silencio.

—¿Entramos? —dije, señalando hacia la puerta.

Chloe asintió, y entramos. Yo no frecuento lugares como este. Me tomó por sorpresa. Pero no quería parecer un niño rico mimado en los ojos de Chloe.

Extraño… que me importe tanto como me ve.

***

Vanilla Garden resultó ser… mucho más romántico de lo que había previsto. Luz suave, velas en las mesas, un guitarrista en el rincón. Todo parecía más una escena de película que el lugar para llevar a una mujer que, en cualquier momento, podría vaciarme el café en los pantalones.

Nos sentamos en un rincón al fondo. Chloe y su amiga se acomodaron al centro; yo, a la derecha de Chloe; Eric, junto a la pelirroja.

Hasta ese momento, nunca había estado tan cerca de ella.

El olor —sutil, fresco. No era perfume. Era más como… un hábito. Algo limpio, con un toque cremoso.

La miré de reojo: maquillaje. No agresivo, pero más de lo habitual. Se había preparado. Así que no era algo tan casual.

Pedimos una botella de vino. Mientras esperábamos, la escuché de fondo hablando con el camarero —educada, con respeto. Ni rastro de altanería. De las nuestras. Eso se nota al instante.

Sirvieron el vino. El guitarrista empezó algo suave y decente.

Miré a Eric —ya susurraba algo al oído de la pelirroja, y ella se reía. Parece que la idea de la cita doble le empezaba a gustar bastante.

Yo, en cambio… no sabía dónde poner las manos. Ni qué decir. Ni a dónde mirar.

Golpeaba la mesa con los dedos hasta que me di cuenta de lo molesto que era y me detuve.

Una mano se posó sobre la mía. Chloe.

Me giré. Me miraba con una ceja levantada.

—¿Qué pasa, Bon-Bon? ¿Nervioso?

Sonreí de lado.

—Solo buscaba la salida de emergencia, si decides lanzarme una copa.

Ella me dio un golpecito en el hombro.

Ahora sí. Esto… esto somos nosotros.

***

La comida fue regular, pero la conversación fluía con facilidad. Pedimos una segunda botella de vino.

Chloe y su amiga soltaban una broma tras otra sobre los clientes que confunden la recepción con una sesión de terapia. Eric estaba encantado —por la expresión en su rostro, ya estaba planeando cómo conseguir el número de la pelirroja.

—¿Tú también trabajas en "La Rue"? —le preguntó a Sofía.

—Dios, no. ¡Yo sí quiero vivir! —respondió ella, lanzándome una mirada—. Aunque, por lo visto, Graham debe aburrirse mucho si pasa por ahí todos los días.

—Es que el café ahí es celestial. Sobre todo con ese toque extra de sarcasmo —contesté, mirando directamente a Chloe.

Chloe se rio.

—No se salta ni un solo día. Estoy pensando en pedirle a Carlos que le dé un gafete con su nombre.

—Yo soy camarera en *Wadley's*. ¿Te suena?

—Mi jefe está obsesionado con ese lugar —dijo Eric—. Tengo que pasarme por ahí.

—¿Tú tienes jefe? No me sigas, ¿vale?

Todos nos reímos.

¿Sinceramente? Estaba bien. Cómodo. Miraba a Chloe —relajada, conversando— y esta versión suya me gustaba tanto como la que me lanza indirectas tras el mostrador.

Después preguntó por mi trabajo. Le conté sobre un par de casos, algunos viejos proyectos de la época de la maestría.

Cuando mencioné uno de los juicios más sonados de hace tres años, su reacción fue inmediata: se inclinó un poco hacia mí, con curiosidad real en la mirada.

—¿Estuviste ahí? ¿En el juicio?

—Sí. Como testigo.

—¡Yo seguí ese caso! Estaba en todas partes. Lo usaban en mi facultad como ejemplo de cómo levantar una empresa desde la ruina.

—Cómo olvidarlo.

Estaba más cerca de lo que imaginaba. Hombro con hombro. Voz baja. Ojos brillando —atenta de verdad.

La mayoría de las mujeres solo fingen escuchar. Esta no.

—¿Eres fanática de empresas en quiebra o estás recolectando material para tu futuro imperio? —bromeé.

—Ya lo sabrás. Tarde o temprano —me guiñó un ojo.

Sonreí y desvié la mirada. Eric y la pelirroja ya vivían en su propio universo paralelo.

—Mira eso, parece que tienes un nuevo mejor amigo. Me va a dar celos.

—Ya ves. Solo no te sorprendas si mañana se despiertan en tu alfombra.

Volví a mirar a Chloe. Sus ojos, sus labios, la curva de su hombro.

Ella lo notó, pero no dijo nada. Solo bebió un sorbo de vino. Sus mejillas se tiñeron apenas de rosa. Pero seguía tensa, como una cuerda estirada.



Capítulo 7. Chloe

Doy un sorbo de vino mientras miro hacia el escenario, donde un chico rasguea la guitarra como si ya se viera en Spotify. Finjo que lo escucho.

Pero toda mi atención está puesta a la izquierda.Donde está él. Graham.

No dice nada, solo me observa.

Y me gusta.

Estar en el radar de alguien. Que te noten es una cosa.Ser deseada... es otra muy distinta.

Me inclino un poco hacia su lado —no intencionalmente. Simplemente… sucede. Siento el calor de su hombro junto al mío.

Él sonríe apenas, con la comisura de los labios. Lo veo.

La noche se está desarrollando demasiado bien.

Incluso Sofía, siempre tan escéptica, claramente se está divirtiendo con Eric. Discuten sobre algo —él gesticula animado, ella pone los ojos en blanco, pero no deja de mirarlo.

Tenía miedo de que con Graham todo se quedara en silencios incómodos. Y, sin embargo, han pasado tres horas y no hemos parado de hablar.

Sobre el trabajo, los clientes, los horrores del hotel, el "servicio", los juicios.

Todo con su dosis justa de ironía.

A veces todo fluye. A veces, solo el silencio.

Y otras… suena la música del escenario.

Sabe demasiado sobre el negocio hotelero. Y eso lo hace más peligroso.

Se inclina hacia mí.

—Inesperado, pero… me gusta —dice en voz baja, casi al oído.

Puedo sentir su aliento. Y su aroma.Nada de barato. Todo en él dice: *"estoy acostumbrado a elegir"*.

Ni siquiera me giro. Tengo miedo de decir algo… estúpido.Solo asiento.

Sofía me atrapa con la mirada justo en ese momento y entornó los ojos.

Oh-oh.

Ese es su clásico "no estoy borracha, pero lo veo todo".

Le sonrío: *todo bien*.Ella asiente con una sonrisa satisfecha y vuelve con Eric, que parece estar contando alguna historia de pelea en un bar.

—Gracias por acompañarnos en esta noche de micrófono abierto. Última canción por hoy —anuncia la presentadora.

Él mira el reloj y también - 22:07.

Hace mucho que no salía a esta hora. Y mucho menos en una cita. Y definitivamente no *así*.

Por eso siento cómo la ansiedad empieza a despertarse dentro de mí. ¿Y si lo dejamos aquí? ¿Y si lo terminamos bien, antes de que se vuelva demasiado?

Sofía deja su copa de golpe y da una palmada en la mesa:

—Bueno, chicos. *Vanilla* está cerrando.

Eric pone cara de cachorro. Ella se ríe y le revuelve el cabello.

Graham me mira, en silencio.

—Creo que ya es hora. Estoy… cansada —digo.

Mentira. Podría quedarme un par de horas más. Pero es mejor irme cuando todo sigue *casi perfecto*.

No pregunta nada. Solo asiente. Se levanta con calma. Yo lo sigo. Sofía y Eric vienen detrás.

Cuando llegamos a la puerta, Graham me pone una mano en la espalda. Dudosa. Como si estuviera tanteando si puede hacerlo.

No me aparto. Él me guía hacia adelante y sujeta la puerta.

Afuera hace fresco. Tiemblo un poco.

Él se acerca más. Se detiene.

Luego mete las manos en los bolsillos y levanta la vista al cielo.

El gesto clásico de quien no sabe si hacer algo… o dejarlo así.

Y, joder, se ve increíble haciéndolo.

Con traje ya impresionaba. Pero con jeans y suéter negro... es *irritantemente, irresistible*.

—Voy a pedir un taxi —murmuro, hurgando en el bolso—. No pensé que dos botellas de vino fueran mi límite.

—Ya lo pedí —dice, tranquilo. Como si fuera lo más natural del mundo.

Me detengo.

—¿En serio?

Asiente que sin mirarme.

—Vamos, no pensarías en serio que iba a dejarte ir sola en este estado.

Fruncí los labios y guardé el teléfono. Ahí lo tienes. El típico imbécil confiado. Y al mismo tiempo… atento. Una mezcla clásica.

—Gracias —exhalé.

Y en ese preciso momento, Sofía soltó su famosa bomba:

—¿Sabes? Eres mucho más agradable de lo que decía Chloe —dijo, entrecerrando los ojos mientras apuntaba a Graham con el dedo.

—¡Sofía! —le tomé el brazo de inmediato.

—¿Qué? Es verdad —se encogió de hombros, tambaleándose un poco, como si ya nada le importara.

Me tapé la cara con la mano.

¿En serio no podíamos terminar la cita sin un colapso final?

Cerré los ojos con resignación. Sofía estaba mucho más borracha de lo que parecía.

Cero filtros. Modo piloto automático. Horror absoluto.

—¿Y qué más decía sobre mí? —preguntó Graham, y como si nada, pasó su brazo por mis hombros. Luego miró a Sofía, invitándola claramente a soltar *todo el expediente*.

Su brazo era apenas un peso, casi sin tocar. Pero el calor de su mano en mi espalda me recorrió como una ola. Me mordí el interior de la mejilla para que no se notara.

—Que te llamaba "Mister Sexy Hate" —soltó Sofía, y enseguida se escondió detrás de Eric, muerta de la risa.

—¡Sofía! —chillé. Sentí cómo se me encendía la cara.

Graham arqueó una ceja:

—¿Ah, sí?

—Está borracha. No le creas ni una palabra —murmuré, lanzándole una mirada asesina a Sofía.

Ella alzó las manos como si se rindiera:

—Vale, vale, me callo.

Justo en ese momento, un todoterreno negro se detuvo en la acera.

—Parece que llegó su coche —dijo Graham, consultando su teléfono—. Todo según lo previsto.

—Oooh, nos pusiste lujo —murmuró Sofía, asombrándose por la ventanilla.

—Solo lo mejor para ustedes —respondió él.

Me giré hacia él. Su brazo aún seguía en mis hombros. Cálido. Está estable. Seguro.

—Gracias por la noche. Fue… realmente agradable —le dije en voz baja.

Se inclinó un poco hacia mí.

—Habrá que repetirlo algún día a solos.

No estaba coqueteando. Lo decía en serio. Claro. Simple.

—No me opondría —sonreí.

Nuestras miradas se encontraron. Sus ojos hoy tenían un tono entre verde y negro. Profundos.

No sabía qué iba a pasar ahora. ¿Iba a besarme? ¿Estaba lista para eso? ¿Quería que Sofía y Eric lo vieran?

Tal vez notó el caos que me cruzaba por la cabeza, porque no acercó nada. Solo rozó mi mejilla con los labios. Muy cerca de la comisura.

—Llega bien a casa —susurró.

Sus palabras no flotaron en el aire. Se quedaron sobre mi piel, cálidas y firmes.

Suspiré.

Nos ayudó a subir al coche. Sus dedos rozaron los míos al tomarme del brazo. Tal vez sin querer. Tal vez no.

Cuando cerró la puerta y nos saludó con la mano, Sofía estalló:

—¡AAAAHHH! —gritó y me abrazó con fuerza.

Me reí. Me rendí. La abracé de vuelta. La cita doble superó todas mis expectativas. Y él… también.

—Disculpen, ¿a dónde las llevo? —preguntó el conductor, mirando por el retrovisor.

—¿Eh? —murmuré, aterrizando de golpe desde la euforia.

Le dicté la dirección. El coche arrancó. Sofía me dio un codazo.

—Dale. Cuenta todo.

—Primero tú —solté, riendo.

Todo el camino de regreso lo pasamos reviviendo cada mirada, cada roce, cada frase graciosa. Rebobinábamos la cinta como dos adolescentes, tratando de descifrar qué había significado cada gesto.

El taxi se detuvo primero frente al edificio de Sofía. Me dio un beso en la mejilla, prometió escribirme “todos los detalles en la mañana”

y, por supuesto, me guiñó un ojo antes de desaparecer rumbo a su portal, aun flotando por el coqueteo con Eric.

Cuando el coche volvió a arrancar y me quedé sola en el asiento trasero, llegó el silencio real. Sin risas. Sin copas de más. Solo yo. Mis pensamientos. Y la sensación de su mano en mi espalda, que aún ardía en mi piel.

El taxi dobló por la calle conocida. El pequeño letrero de *La Rue* brillaba cálido en el callejón oscuro. El único punto de luz.

Me deslicé fuera del coche, agradecí al conductor por costumbre y entré al hotel por la puerta trasera. Todo dormía. Menos yo. Yo ardía por dentro.

Me quité el vestido, me puse una camisita de dormir ligera. No me lavé la cara. Quería conservar su olor. Su perfume. Su aliento. Sus labios.

Caí sobre la cama y cerré los ojos. Y lo vi.

Su mirada. Su sonrisa. La forma en que se pasaban los dedos por el pelo. Cada detalle era un reto. Y yo ya no estaba peleando.

Alargué la mano hacia la mesita de noche hasta que mis dedos chocaron con el vibrador. Había pasado tiempo. Demasiado. Pero esta noche no era para dormir. Esta noche era para él.

Me quité las braguitas de encaje. Sí, me las había puesto por él. Aunque no las vio... Pero yo lo sabía. Y me sentía hermosa. Deseada.

Mis dedos rozaron mis pechos, suaves, tensos, hambrientos. Los pezones se endurecieron al instante, como si supieran que venía tormenta.

Una oleada me sacudió el vientre.

Encendí el vibrador. El zumbido —bajo, familiar— se sintió distinto. Casi como una promesa.

Subí la camisita y la acerqué a mi piel. Y mi cuerpo respondió. Rápido. Incontrolable. Me estremecí. Un gemido escapó de mis labios.

Pero no pensaba en el aparato. Pensaba en él. Graham. Encima de mí. Su peso. Su respiración rozando mi clavícula. Una mano firme apoyada en el colchón. Su deseo: intenso, contenido, a punto de romperse.

Me movía al ritmo, como si estuviera con él. Lo veía. Lo sentía. Su mirada clavada en mí. Su cuerpo empujando el mío hacia otro universo.

Y yo lo quería. No solo el sexo. Lo quería a él. Sin sarcasmo. Sin máscara.

Subí la intensidad. Lo necesitaba más. Más cerca. Más dentro. Mi mano se aferró a la almohada. Y en mi mente: su olor. Su voz. Su boca. Sus manos agarrándome como si el mundo se fuera a acabar.

Me moví más rápido. El cuerpo en llamas. El alma también.

El orgasmo no explotó. Se deslizó. Como una ola tibia y brutal. Me arqueé. Mordí el labio. Y, aun así, gemí.

Bajo. Para mí. Como una confesión.

En mis labios quedó solo su nombre. No se evaporó. Se quedó. Como un eco. Como un tatuaje.

Graham.



Capítulo 8. Graham

Son las 10:45. Guardo el correo, cierro el portátil y me estiro. Es hora de hacer una pausa. Otro café. O, si soy honesto, es la hora de Chloe. Hace un par de meses, este momento no era más que un simple respiro entre llamadas. Ahora se ha convertido en una especie de ritual. Como si tuviera un reloj interno programado para este instante, que me susurra con precisión: *ve a verla*.

Me pongo el abrigo y salgo. El día está gris, con ese aire fresco de Nueva York que huele a metal y perfume caro —como siempre, a mitad de semana. Camino hacia *La Rue* casi sin pensarlo, como si el trayecto se hiciera solo. Desde aquella cita he empezado a pasar por ahí todos los días. No fue algo planeado. Simplemente sucede. No acordamos vernos, pero hubo algunos mensajes. Ella responde con pocas palabras, aunque sin frialdad. Yo, probablemente escribo más de lo que debería.

Eric me dijo una vez que Chloe tiene carácter de acero.

"No va a caer por tu traje ni por tu apellido, Graham. Y joder, eso te encanta", soltó con una carcajada.

Y tiene razón. Lo peor es que me molesta que la tenga. No debería estar tan pendiente de esto, no ahora. El trabajo me exige por todos lados. Los socios quieren que lidere las cuentas más grandes. Mi padre manda mensajes pasivo-agresivos del tipo: *Cena en casa de abuela. Estaremos todos.* Sin signos de interrogación, como si fuera una orden.

Una cena familiar. Hermanos, fondos de inversión, dividendos, copas de champán que nadie disfruta realmente. Y, de pronto, un pensamiento se cuela como una cuchillada: *¿y si llevara a Chloe?* Imagino su rostro al ver esa escena. Imagino a los suyos observando lo suyo. Su vestido simple, tal vez rosa. Su manera directa de hablar. Su forma de ser tan… auténtica. Frunzo el ceño y me detengo en la esquina. No. ¿Para qué pensar en eso? Es una tontería. Es temprano. No tiene sentido.

Necesito descomprimir. Sacarla de mi cabeza, aunque sea un poco. Sigo caminando y saco el teléfono. Busco el contacto de Christine. La misma modelo, la misma Christine que aparece con solo chasquear los dedos y desaparece con el primer bostezo. Tal vez sea eso lo que necesito: una distracción. Algo que me devuelva el control. Demasiada Chloe en mi cabeza no es buena señal.

Presiono “llamar”, pero antes de que pueda llevar el teléfono al oído, ya estoy frente a *La Rue*. Y ahí está ella. Detrás del mostrador. Al escuchar el sonido del timbre levanta la mirada, me ve… y basta. El teléfono desaparece de inmediato en el bolsillo. Christine puede esperar.

Entro. El vestíbulo está lleno. Gente girando alrededor de la recepción, alguien se queja por la limpieza, otro busca un cargador. Ella, en medio de todo eso, se mueve con calma. Su voz es firme, sus gestos precisos. Tiene el control. Y, aun así, encuentra el momento para lanzarme una mirada rápida, segura, casi cómplice. Y eso, jodidamente, me enciende.

Me acerco como si fuera un cliente más. Aunque hace mucho que dejé de serlo. Si no está ocupada con los huéspedes, está frente al portátil. Cómo equilibra los turnos, los estudios y todo lo demás, es un misterio. Me impresiona. Y, para mi desgracia, me atrae. Tal vez ella tampoco tenga tiempo para esto… para nosotros.

Estoy justo detrás de una mujer con un bebé. La observo mientras la atiende: la mujer parece no haber dormido nada, el niño llora, el pedido es complicado, pero Chloe no pierde la compostura. Habla con suavidad, sin sonrisas fingidas, sin forzar nada. Es… real. Sonrío sin querer. Ninguna de mis ex habría sabido estar en esa situación. Y entonces me doy cuenta de que Chloe no tiene nada que ver con mi pasado.

—Hola —dice ella, bajito, y me saca de golpe de mis pensamientos.

Parpadeo. La mujer con el bebé ya se ha ido. Y yo sigo ahí, parado, probablemente con cara de idiota.

—¿Entonces qué? ¿Vas a tomar café o solo piensas quedarte ahí mirándome? —dice ella, entornando los ojos.

Ahí está. Mi Bon-Bon.

Me acerco al mostrador, sin decir nada por ahora.

—Shhh. Estoy concentrado —respondo con dramatismo—. Es una decisión importante.

Chloe niega con la cabeza, pero la comisura de sus labios se curva en una sonrisa.

—¿Estás concentrado en qué?

Sus mejillas se tiñen de un leve color rosado. Se inclina ligeramente hacia mí y percibo esa estela suave de su perfume —ámbar, sándalo, algo cálido— y mi cuerpo reacciona al instante. Sin pedir permiso.

—Hueles bien —murmuro.

Ella se muerde el labio, se aleja de inmediato, toma un vaso y enciende la máquina de café.

—Late sin azúcar. Como siempre.

—Eric dice que lo embrujaste. Está convencido de que se enamoró de Sofía. Incluso habla de mudarse a Brooklyn.

—Perfecto. Ojalá al menos un hombre haga feliz a mi Sofía —responde, sirviendo la leche.

—Entonces, ¿el vino no fuese en vano? ¿Repetimos?

Chloe ni siquiera me mira. Solo vierte la leche con la precisión de una cirujana.

—El vino es solo vino. Sé gustar sin ayuda del alcohol.

—La modestia te sienta bien. Entonces, ¿hablamos de otra cita?

—No es modestia. Es estadística —da un sorbo a su taza, esa que dice "I run on caffeine and spite"—. Además, últimamente no hay tiempo para una ducha larga y decente.

Sonrío. Su estilo, como siempre, es muy suyo. Y en mi cabeza aparece la imagen de ella en la ducha. O más bien, de *nosotros*.

Siento cómo la presión vuelve a crecer en mis pantalones y decido no insistir. Vendrá por su cuenta. Estoy seguro. Pero no puedo evitar tantear un poco.

—¿Aun así, te gustó la cita? —pregunto.

—Mmm… —hace una pausa teatral—. Teniendo en cuenta que no huiste a la mitad y no intentaste venderme un NFT… diría que sí.

—Altos estándares.

—Me porté bien. Incluso me puse una camiseta sin manchas de lejía.

—Noté que te arreglaste. Me gustó ese vestido, del mismo color que esa magdalena rosa que me diste una vez.

Ella deja mi vaso sobre el mostrador, pero no lo suelta del todo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Tú de verdad vienes por el café? ¿O es parte de tu pequeño… performance matutino?

Me detengo un segundo, frunzo el ceño.

—¿Te refieres a mis entradas teatrales?

Asiente con la cabeza.

—Tenemos buen café, pero tú estás acostumbrado a otro nivel. No te imagino calentándote las manos en un vending machine de capuchino. Ella se puso un poco nerviosa.

—Te vas a reír, pero no tomé café hasta los veinticinco.

—Lógico. Seguro tenías un barista personal en casa.

—Lo tengo todavía. Se llama Daniel.

Hace una pausa y revuelve los ojos.

—Entonces no entiendo qué haces aquí.

—Ahí está el punto. *Yo tampoco*. Pero vengo. Todos los días. Y alguien me atrae.

Sus ojos se detienen en mi reloj. Un Rolex. Elegante, sobrio, suficiente para que lo note. Miro su mano: esmalte saltado en un par de uñas. Lo vio. Lo sé. Pero no dice nada.

—Bueno —dice al fin, con un tono más bajo, casi irónico—. Disfruta tú late de clase turista.

—¿Estás segura de que esto no es un premium?

Antes de que pudiera contestar, un tipo con gafas irrumpe en recepción. Chloe se sumerge de inmediato en su problema con la reserva, dejándome invisible. Pero alcanzo a oír un pequeño "pff", casi una risa.

Salgo del hotel. Mientras camino, saco el móvil. Mis dedos se mueven solos. No porque tenga que hacerlo. Sino porque *quiero*. ¿Flores? Cliché. Pero ella no lo es. Dos docenas de rosas. Rosadas. No rojas, no blancas. Rosadas, como su vestido en nuestra cita doble.

Cuando pulso "confirmar pedido", algo hace clic dentro de mí.

¿En serio, Graham? ¿Flores? ¿Te crees en una comedia de los noventa con Hugh Grant?

Me acerco a la ventana en la oficina. La ciudad ruge bajo mis pies. Coches, gente, cláxones, el metro. Todo como siempre. Menos mis pensamientos. Ellos se han ido unas cuantas calles más abajo, donde está *La Rue*. Donde está *ella*.

Antes yo no hacía esto. Ni flores, ni pedidos online, ni pensar todo el día en alguien. Demasiada Chloe. Decido llamar a Christine.

Tonos… pero no responde. Seguramente está ocupada con su mundo de muñecas Barbi.

Subo a mi habitación del hotel, me quito el abrigo. Estoy por volver a llamarla cuando aparece una notificación. Mensaje de Chloe. Una foto.

Está detrás del mostrador, con el enorme ramo en brazos. Mejillas encendidas, labios apretados. Su mirada en la cámara grita, incluso a través de la pantalla: *¿Estás loco, Wallace?*

Debajo, su mensaje:

No soy una muñeca de tu mundo, Wallace. Esto es demasiado. …pero gracias.

Sonrío.

Mi Bon-Bon. Firme. Blindada. Pero bajó la guardia un centímetro. Y lo vi. Ese *"gracias"* era real.

Bien, Chloe. Sigue resistiéndote. Así me divierte más.

Me dejo caer en el sofá. La próxima vez, tres docenas. Que se acostumbre. ¿De qué? De mí. Primero se domestica. Después… ya veremos.

Porque lo merece.



Capítulo 9. Chloe

Con esfuerzo, coloqué el enorme jarrón sobre el mostrador, justo al lado del portátil. Las flores eran un exceso. Sin gusto. Absurdas. Hermosas. Me quedé mirándolas al menos dos minutos, inmóvil. Luego volví a tomar la tarjeta. *Sin el vino también habría funcionado*. Fruncí el ceño. Sonreí de lado. Idiota.Y yo, al parecer, estoy más enganchada de lo que quiero admitir.

La puerta se abrió detrás de mí y apareció Sofía, con su abrigo y su mochila colgada al hombro.

—¿Qué es esta ofensiva botánica? —preguntó acercándose a las rosas, como si fueran un objeto no identificado—. ¿Se canceló una boda?

—Graham. Las envió. Y sí, es demasiado.

—No. Es precioso. Y tú mereces estos gestos —dijo, cruzándose de brazos y mirándome fijamente.

—Es solo que... me incomoda todo esto.

—¿El hecho de que un tipo sea detallista? ¿O qué no pertenece a nuestro mundo? No respondí. Porque eran ambas cosas.

—Vamos, él es un millonario con trajes a medida, y yo duermo en el cuarto de servicio.

—Y, aun así, solo te mira a ti. No la cagues —dijo Sofía, dándose la vuelta hacia la salida—. Solo pasé un momento, voy a la biblioteca. Y ni se te ocurra tirar esas flores.

La puerta se cerró tras ella. Me quedé sola con ese lujo silencioso.

***

A la mañana siguiente, casi a las once, ya sabía que vendría. Pasé la noche entera dando vueltas, como una idiota, pensando qué ponerme para ir a trabajar. Al final opté por un suéter negro de cuello alto, el pelo recogido y un toque de brillo en los labios. Algo así como "ni lo pensé, así desperté".

Él llegó casi puntual. Traje nuevo. Azul oscuro. Le quedaba perfecto. El cabello un poco despeinado. Como si fuera intencional. —¿Qué desea el señor cliente frecuente? —pregunté, ladeando la cabeza. —Americano. Y… —hizo una pausa, mirándome directamente—. Y Cena. Esta noche. Conmigo.

El corazón se me detuvo por un segundo. —¿Así, sin rodeos y pedidos de pastel? —Ahorro tiempo. El tuyo y el mío. Y Graham miraba el reloj. —Mmm. Práctico. ¿Desde cuándo? —Fingí pensar. Aunque ya sabía perfectamente mi respuesta—. ¿A las ocho está bien? —Perfecto. Ven con hambre —dijo, sonriendo apenas.

Mientras me estiraba para tomar el vaso, nuestros dedos se rozaron apenas. Apenas… pero suficiente. Él bajó la mirada por un

instante. ¿Lo sintió también? Yo me odié un poco porque, en ese instante, el vaso se me resbaló de las manos y cayó al suelo con estrépito.

—Me encantaría ayudarte, pero tengo una reunión en tres minutos —dijo mientras ya retrocedía hacia la puerta. —Perfecto, señor Desastre. No llegues tarde o cambiaré de opinión. —Tengo un temporizador incorporado. Y me sorprende, ya no soy Mister Hate…

Salió por la puerta. Me quedé un segundo más, mirando los restos del vaso. Y luego, claro, hice un pequeño bailecito de victoria detrás del mostrador.

El día se hizo eterno.

Cuando el reloj marcó las siete en punto, revisé la recepción a velocidad récord, cerré el terminal, confirmé que no quedaban habitaciones libres, que todos los huéspedes tenían llave magnética, y giré el cerrojo. Colgué el cartel de "Completo" en la puerta.

En mi cabeza solo existía una idea: tengo una cita.

Corrí a mi cuarto en el semisótano de *La Rue*, me quité los zapatos al vuelo y me lancé a la ducha con el agua al máximo. Tenía treinta minutos. Para todo.

Cuando salí, el cuarto estaba en silencio. Como siempre.

Nada de "Cierra los ojos" de Sofía, ni neceser abierto en la repisa, ni apoyo emocional.

En momentos así, extrañaba compartir piso.

Si Sofía estuviera aquí, ya estaría golpeando la puerta del baño para ver cómo quedó mi delineado, revisando mi armario como la última vez.

En vez de eso, solo yo. Con una toalla en la cabeza, frente al espejo empañado, sintiéndome absolutamente incompetente con el maquillaje.

Me temblaban las manos al aplicar la máscara. El corrector quedó disparejo. Lo limpié y volví a empezar. Al final me rendí: un poco de rubor, cejas, y listo. No era perfecto, pero era lo que había.

Luego vino la tortura mayor: el armario.

Me quedé frente al cajón abierto con cara de derrota.

Tenía un uniforme de *La Rue*, un par de vaqueros viejos, camisetas con logos desgastados…

Y mi vestido negro favorito.

Eso es.

Saqué el vestido y lo colgué en una percha. Ajustado, con un escote suave, se ceñía demasiado bien al cuerpo. No tenía ni idea de si aún me cerraría. Me lo puse y me planté frente al espejo.

¿Demasiado atrevido? ¿Demasiado elegante? ¿O, peor aún, demasiado obvio que es *mi* único "mejor" vestido, ese para las ocasiones especiales?

Solté un suspiro.

Sofía diría: *"Se va a quedar mudo. En serio."* Y, diablos, tal vez tendría razón.

Me acomodé el cabello. Suelto, sin peinados. —Da igual —murmuré mientras abrochaba la pulsera—. Es solo una cena. Él no es… nada.

El reloj marcaba las 19:57.

Graham ya estaba en la entrada del hotel. Camisa oscura, desabrochada en el cuello, manos en los bolsillos. Y esa mirada…

esa que te deja sin aliento. Me miró. De arriba a abajo. Del vestido a mis ojos. Y en ese instante, fue como si ambos olvidáramos cómo se respiraba.

—Wow —dijo, apenas audible.

Y supe que todo había valido la pena.

—Vámonos antes de que te arrepientas —solté, dándole un empujoncito en el hombro.

Él sonrió y me ofreció el brazo.

Y por un momento me sentí realmente mujer. No la chica del mostrador. No la que duerme en un cuarto de servicio. Si no alguien a quien se mira así.

—Wow —repitió en un susurro.

—Vamos antes de que cambies de opinión —repetí en tono bajo, rozando su brazo.

Me llevó a *Lumen*. Sí, ese restaurante. El que solo conocía por fotos y por estar en las listas de "los lugares más exclusivos de Manhattan". Sillones de terciopelo, lámparas de cobre, cartas de vinos más gruesas que una novela de Dumas. *Lumen* parecía hecho para gente que no sabe lo que significa mirar el precio. Desde la terraza, la ciudad brillaba como si alguien hubiera derramado oro sobre el cielo. El lugar ideal para fingir ser otra persona. Y empezó un juego peligroso.

Me colocó la mano en la espalda al pasar junto a la hostes. Sentí que la rodilla me temblaba.

Y él… nada de "señor arrogante". Bromas, ironía, anécdotas sobre bancarrotas donde fue testigo… o casi dueño.

Su mirada era directa. Descarada. Y maldita sea… me gustaba.

Me observaba con una atención incómoda. Vino. Música suave. Pero dentro de mí, todo latía al ritmo de una alarma.

—Por estar hoy sin tu placa de identificación —brindó conmigo—. Y yo, sin mi habitual máscara de cabrón.

Sonreí. —Mmm… no la perdiste. Solo se ve más cara.

Él soltó una risa grave. En su voz, acero. En sus ojos, chispa.

No era seguro estar con él. Y justo por eso no podía apartar la mirada.

Mientras hojeábamos el menú, sus dedos rozaron los míos.

¿Accidente? Tal vez. Pero lo sentí como una corriente eléctrica. Mi pulso se disparó como si acabara de aceptar el pecado.

—¿Traes a muchas mujeres a lugares como este? —pregunté, fingiendo ligereza.

—No a este tipo de mujeres —respondió rápido. Casi con dureza—. No pareces ingenua, Chloe. ¿Para qué preguntas cosas que ya sabes?

Me mordí la lengua. Y un poco el labio. Porque tenía razón. Lo sabía. Él no quería solo una cena. Me estaba poniendo a prueba. Observando si resistía. Midiendo cuánto veneno tenía. Y cuántas ganas.

Cenamos entre steak, langosta y vino blanco. Hablé más de lo habitual. Con más valentía. Me reí. La comida estaba increíble, pero apenas sentía el sabor. Solo el calor bajo la piel. Él me miraba. En silencio. Luego soltaba una frase corta y certera, como si tocara un nervio. Y yo respondía como si no temblara por dentro.

—¿Te gustaría el postre? —preguntó cuando aparté la mirada.

—Sí… pero no estoy segura de tener espacio para él —dije. Aunque el postre que me apetecía… no estaba en el menú.

Él sonrió, ladeando apenas los labios. —¿Y para mí? Sigues fingiendo que no me deseas.

Mis dedos se aferraron al borde del plato. Sentía cómo mis muslos se tensaban bajo el vestido, cómo entre mis piernas latía algo que no me había dado permiso de pensar. Tan directo, tan incómodo.

Se inclinó un poco hacia adelante, sin llegar a tocarme. —Puedo hacer que esta cena tenga un final inolvidable, Chloe. O no… La cuestión es: ¿qué eliges tú?

—Elijo, no jugar con tus reglas —susurré.

Él tomó mi muñeca. No con fuerza. Solo… la sostuvo. Me miró directo a los ojos. Hondo.

—Entonces, quemar las reglas estúpidas, Chloe. Aquí mismo. Sobre esta mesa.

Lo miré. El vino, las luces de la ciudad, el restaurante… todo desapareció. Solo quedaba él. Y supe: no estaba bromeando. Y si decía que sí, ya no habría vuelta atrás.

Ambos callamos después de su frase sobre las reglas. Tomé un sorbo de vino, sin apartar los ojos de los suyos.

—¿Quieres que me queme las reglas? ¿Las mías o tuyas? Porque ahora mismo solo no tengo cerillas… solo un cansancio crónico.

Él sonrió, deslizando un dedo por el borde de su copa. —Las tuyas reglas. Las mías ya las tiré cuando te invité a esta cena.

—Ah, entonces puedo prenderle fuego. Pero que te quede claro: cuando yo quemo algo, no queda nada más que cenizas.

—Dios, Chloe, eres tan fatal como la poesía decadentista. E igual de jodidamente excitante.

Rodé los ojos. —¿Siempre haces los halagos con esa... dulce agresión?

—Reaccionas a ellos muy delicioso. Eso significa que lo estoy haciendo bien.

Me recosté en el respaldo de la silla, cruzando las piernas. Él bajó la vista. Por supuesto. —En serio, Graham. ¿Esa es tu estrategia romántica? "Te provoco un poco, te digo que eres distinta y con eso basta"?

Él sonrió, divertido. No dice nada, espera.

Suspiré, arqueando una ceja. —Me resisto porque tengo a un hombre delante que cree que un restaurante es un campo de caza y yo soy el entretenimiento de la noche.

—Te equivocas. Contigo, cazo mi propio autocontrol. Y hasta ahora... voy perdiendo.

Lo dijo casi en un susurro, sin rastro de ironía. Por unos segundos, el mundo se volvió más denso. El aire, más eléctrico. Sentí cómo la piel bajo el vestido se encendía, lenta, traidora.

Él pasó una mano por mi cabello y me apartó una mecha del rostro, con un gesto demasiado suave para este tipo de tensión.

Nos refugiamos en ese silencio incómodo mientras pedía la cuenta.

Me ofreció el abrigo. Su mano se deslizó por mis hombros un poco más despacio de lo necesario. Escalofríos. Automáticos.

Su silencio no era vacío. Era una pregunta que no se atrevía a formular.

Fuera, el aire estaba frío. Manhattan rugía alrededor, pero con él… era como estar en una burbuja.

En el taxi, el silencio continuó. Tenso. Cargado. Cada uno esperando que el otro diera un paso. Una señal. Una palabra.

Al llegar al hotel, nos detuvimos frente a la puerta. Me giré hacia él. Él dio un paso más. Su voz bajó de volumen, casi un terciopelo, pero sus ojos seguían ardiendo.

—Normalmente, soy yo quien se va primero. Pero contigo es distinto. Quiero quedarme. Solo un poco. Solo… para perder el control otra vez.

Abrí la boca para responder —una frase sarcástica ya lista en la punta de la lengua. Pero él se inclinó y me besó en la mejilla. Lento. Peligrosamente, cerca de los labios.

Me quedé quieta. No por el roce, sino por lo que quedó flotando en el aire después. Se separó medio paso.

—¿Repetimos pronto?

Asentí. —Buenas noches, Chloe —susurró.

Y yo caminé hacia mi habitación… con una estúpida sonrisa que no podía borrar.

***

La siguiente vez no fue exactamente una cita. Él simplemente apareció por La Rue una noche, cuando el vestíbulo ya estaba tranquilo. Preparé un par de espresso y traje dos galletas de almendra desde la cocina.

Nos sentamos frente a frente en la barra. Yo en un taburete alto, él del otro lado, nuestras piernas apenas tocándose. Había algo infantil

en eso… y al mismo tiempo, extrañamente íntimo.

—¿Por qué un hotel? —preguntó, mirando alrededor. No en tono de burla, sino con curiosidad genuina.

—Me gusta que no sea un sitio de paso. La gente viene y va, pero cada uno trae su historia. Me encanta ese ir y venir. Los idiomas mezclados. Y el café… también tiene algo personal.

Asintió mientras bebía un sorbo. —Puedo imaginarte como dueña.

—Bueno, ese es el sueño. Pero primero el diploma.

—Ya estás cerca de lograrlo.

—¿Y tú? ¿Qué quieres? —¿En qué sentidos?

—En la vida, Wallace. ¿No te haces esas preguntas?

Él sonrió de lado. —Sé lo que no quiero. No quiero trabajar en el negocio familiar. No quiero ser "el hijo de ese Wallace". Quiero construir algo propio. Que nadie diga que lo tuve fácil. Y creo que lo estoy consiguiendo. Solo que mi padre no lo ve.

Hizo una pausa, luego me miró. —Contigo que todo es... auténtico. Vas por tu cuenta, sin apellidos rimbombantes. Eso… impresiona.

No supe qué responder. Pero algo, dentro de mí, se estremeció. —¿Más galletas? —fue lo único que logré decir.

Él sonrió. —Si tú quieres.

Seguíamos riendo cuando el lobby nos dejó a solas con el silencio, el aroma a café recién hecho y… algo nuevo entre nosotros. Me apoyé en el borde de la barra, intentando recuperar el aliento y recomponerme.

Me mordí el labio —vieja costumbre imposible de erradicar— y él lo notó. Sus dedos tocaron mi barbilla y, con el pulgar, liberó con suavidad mi labio inferior. Alcé el rostro, apenas. Pero lo suficiente.

Estaba demasiado cerca. Sus manos, a ambos lados de mí, encerraban ese pequeño espacio de aire tibio, denso, de aroma a espresso y tensión. Sus ojos no se apartaban de mis labios. Sabía lo que venía.

Lo miré. Se inclinó, lento, casi pidiendo permiso. Sus labios rozaron los míos con una delicadeza que me hizo temblar. Un beso contenido, pausado, lleno de tensión acumulada. En él había deseo, sí, pero también cuidado. Como si ninguno de los dos supiera qué pasaría después.

Me acerqué más, colocando las manos en su pecho, y él respondió profundizando el beso. Sus palmas encontraron mi cintura con ese gesto que mezcla protección y hambre. Me atrajo hacia sí, y yo me fundí en él, sintiendo cómo me derretía, cómo todo en mí se encendía.

Bastaron unos segundos y ya no era suficiente.

Jadeé, no por sorpresa, sino por necesidad. Nos besábamos cada vez con más avidez, perdiendo el ritmo entre deseo y temblor. Mis dedos se enredaron en su cabello y lo acerqué más. Su agarre se hizo más firme. Yo solo quería más. Todo.

Nuestros labios se movían en sincronía, cada vez con más urgencia. Sus brazos me rodeaban como si temiera soltarme. Sentí su tensión, su cuerpo apretado contra el mío… y por un segundo, creí que íbamos a cruzar la línea ahí mismo, junto a la cafetera.

Y entonces… sonó el timbre de la puerta.

Me separé de golpe, como si me hubieran echado un balde de agua fría. Graham también dio un paso atrás, respirando con

dificultad. Me alisé el cabello como pude y forcé una sonrisa con voz aguda, casi ridícula.

—¡Buenas noches!

Una mujer de unos cuarenta, con bolso al hombro y mirada recelosa, nos observó unos segundos, murmuró una disculpa y salió. Tal vez se había equivocado. Y entonces los dos estallamos en risa. Nerviosa, descontrolada. Como un cable que por fin suelta la corriente.

—Genial —murmuré—. Ahora cada vez que me acerque a la cafetera, voy a pensar… en ti.

—Admito que esperaba dejar una impresión más duradera —sonrió, aún agitado.

Cruzando los brazos, fingí severidad. —¿Y no pensaste que yo todavía tengo que trabajar aquí?

—Bueno... ahora es oficialmente mi lugar favorito de la ciudad. Y no por el café.

Negué con la cabeza. —Un centímetro más… y me vería escribiendo un informe para el gerente.

—¿No eres tú la gerente?

—Técnicamente, sí. Pero tengo una reputación. Y, por cierto… hay una cámara en la esquina.

Levantó las manos, fingiendo rendición, pero sus ojos seguían sonriendo. Esta vez de verdad. Cálidos. No desafiantes, no irónicos. Como si por fin hubiera encontrado lo que buscaba.

Y eso me gustó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Lo miré y pensé lo rápido que había cambiado todo. En apenas unas semanas, pasó de ser el cliente engreído con trajes caros a ser

el hombre que acababa de besarme junto a la cafetera. ¿En serio? ¿Soy yo esta?

Suspiré, ajustándome la blusa por inercia. —¿Tienes que irte?

Asintió. —Sí, tienes razón. Tengo una reunión en quince minutos.

—Ok. —Lo seguí con la mirada hasta la puerta. Justo cuando estaba por salir, se detuvo, volvió sobre sus pasos y se acercó más de lo necesario para una despedida. Me besó en la mejilla, justo al borde de los labios. Otra vez.

La puerta se cerró tras él con un leve clic. Me quedé sola, con el zumbido de la máquina de café y el corazón retumbando en el pecho. Me toqué los labios con los dedos. Él no era como los demás. Y yo lo supe desde el primer segundo en que me llamó Bon-Bon, como si ya supiera cómo desquiciarme.

Y ahora... lo lograba de una forma muy distinta.

Regresé lentamente a la barra, mirando la taza de espresso que seguía ahí, intacta.

Y lo único que podía pensar… no era en el café.



Capítulo 10. Graham

Voy caminando de regreso a casa desde La Rue, y puedo sentir cómo me sube la presión. No por el café... por Chloe. Por sus labios. Por ese "casi", demasiado casi. Nuestro primer beso terminó con un «buenas noches» entrecortado de una cliente que ni siquiera sabía si lo era.

Aunque, tal vez, fue lo mejor. Si no hubiera sido por ese maldito timbre, ya sabría a qué sabe su piel justo debajo de la oreja.

Mientras fingía mirar los vasitos para llevar, ella me observaba por debajo de las pestañas y pretendía respirar con calma. No lo hacía. Y lo sabía: los dos estábamos al borde.

Antes de irme, dejé un beso rápido en su mejilla. Casi inocente. Si no fuera porque por dentro todo me ardía bajo la piel.

Ya en casa, lancé el saco sobre la butaca, saqué el teléfono y escribí sin pensarlo: Uf. Estuvo intenso. La respuesta llegó casi al instante: Demasiado intenso. Y ahora la cafetera no me recuerda al café…

Sonreí. Esa chica… tan sencilla y tan impredecible. Ninguna de mis ex pisaría siquiera una cafetería de hotel como La Rue, y mucho menos trabajaría allí doce horas detrás del mostrador. Chloe no es de mi círculo. No tiene apellido, capital ni conexiones.

Y, sin embargo, vuelvo a ella. Todos los días. No porque pueda. Sino porque no puedo evitarlo.

Me reí en silencio. Finge frialdad, pero debajo del hielo hay fuego. Y yo quería más.

Encendí las noticias. De fondo, solo para distraerme. Para no pensar en el sabor de su boca, que aún siento en la mía.

Y entonces… pausa. En pantalla aparece un rostro conocido: Mark Ellerton. El CEO de Ellerton Group en Los Ángeles. Eso cuyo fondo está a punto de reventar si la mitad de los rumores resultan ciertos.

«Según información filtrada, el señor Ellerton estaría implicado en un esquema de desvío de fondos a través de fundaciones que controla. Su esposa, Isabel Ellerton, ha presentado una demanda de divorcio y, según sus abogados, está dispuesta a entregar documentos que podrían destruir por completo la corporación…»

Me senté. Eso ya no era solo un caso de divorcio. Olía a apocalipsis financiero. Para Ellerton. Y a mina de oro para mí.

Al día siguiente, lo sabía: el caso iba a ser nuestro. Yo asesoro a compañías al borde del colapso. A veces las rescato. A veces las entierro. Y hoy tenía una reunión con su abogado.

Estábamos en la sala de reuniones de mi oficina, en el piso 47 de la torre Wallace Holdings, un edificio que arriendo a la empresa de mi padre. Él estaría encantado de ver mi nombre en la fachada,

junto al suyo. Pero alquilé el piso como cualquier cliente. Sin descuentos. Sin privilegios. Sin sentimentalismos.

Salí de la sala a tomar un par de llamadas cuando apareció él. El mismísimo Mark Ellerton. Frente a la ventana, con todo Nueva York a sus pies. Y con cara de estar en bancarrota. Pero sus ojos... estaban vivos. Había venido a pelear.

—Señor Wallace —dijo—, escuché que no toma casos perdidos.

—Solo tomo los que controlo por completo —respondí—. ¿Está dispuesto a eso?

Asintió. Lento, pero firme. Eso era todo lo que necesitaba saber.

Me quedé frente a la pantalla, en silencio. Siempre he trabajado al límite. Pero para él, eso nunca es suficiente. Esperaba que este caso fuera mi oportunidad para demostrar que valgo por mí mismo. Sin depender del apellido. Sin la sombra de mi familia.

La semana siguiente fue un infierno. Reuniones sin fin, análisis de cientos de páginas: extractos bancarios, llamadas, capturas de pantalla, facturas de hoteles, fotos tomadas por detectives privados. Su esposa había pedido el divorcio, pero esto no era sobre separación. Era sobre destrucción.

El material era demoledor. Pero nuestro trabajo era encontrar, aunque fuera un solo hilo suelto al que aferrarnos. Girar la narrativa. Eso es la esencia del juego.

Aunque odies al cliente.

Me reí con amargura. ¿Qué clase de multimillonario necesita que le recuerden cada día que todavía tiene algo que demostrar? Igual que mi padre. Que se acuesta con todo lo que se mueve y se ofende si alguien no lo aplaude.

Los abogados de ella dejaron caer una bomba: o él cede todo... o lo hunden con pruebas. Reportes internos, transacciones ficticias, fraudes fiscales y esquemas de evasión offshore. Si eso sale a la luz, Ellerton no solo pierde su empresa. Podría ir a prisión.

¿Por qué buscó ayuda en Nueva York en lugar de mover hilos en Los Ángeles?

Su respuesta fue simple:

—Allá todos están comprados. Necesito a alguien que no sea amigo de mi esposa.

Y, por raro que suene, por primera vez en mucho tiempo, pensé que ese tipo de confianza podía valer algo. Aunque el precio fuera estar atrapado con el demonio en el mismo ascensor.

Así fue como conseguimos un caso de alto perfil. Mi agencia se dedica a estrategias de crisis y reestructuración, pero esta vez tuve que recurrir a artillería pesada: el equipo legal de mi padre. Necesitaba su ayuda. Sin él, no saldríamos adelante. Estábamos tratando con gigantes.

Sí, él. El hombre con el que siempre traté de no trabajar. Pero esta vez no había opción. El caso Ellerton requería un nombre de peso y conexiones fuertes, y el señor Wallace padre era justamente eso: un nombre que abría puertas.

No dijo «me alegra verte». Solo asintió. Sus abogados me miraban con reserva. Y yo me repetía: no necesito su aprobación. Necesito ganar.

***

Pasaron varios días y no habíamos avanzado ni un centímetro. Hundidos en transcripciones, extractos bancarios, contratos antiguos. El material contra Ellerton era más abundante de lo que imaginamos. Yo trabajaba desde la mañana hasta entrada la madrugada.

No me aparecí por La Rue. Después de lo que pasó con Chloe… desaparecí. Sin avisos. Sin explicaciones. Durante la cena pensé que me había rechazado, y luego ese beso me hizo creer lo contrario.

Cuando salí por fin de una reunión de seis horas, tenía un mensaje en el teléfono:

Chloe: ¿Estás vivo?

Graham: Perdón. Caso importante. Todo en llamas.

Chloe: Suerte. Ven cuando puedas.

El fin de semana le propuse ir al cine. Fui yo quien lo canceló, una hora antes.

Graham: No puedo salir. Reunión urgente. Perdón. ¿Lo dejamos para otro día?

Chloe: Okay.

Frío. Más seco que de costumbre. Sabía que no le había gustado.

Apenas guardé el teléfono...

—¿Wallace, estás con nosotros o tienes algo más urgente? —dijo con sarcasmo Leticia, una de las abogadas de mi padre, una mujer altiva como pocas.

—Las transcripciones. Ya las paso —respondí rápido, entregando la carpeta correcta.

Mi padre asistía a todas las reuniones, por supuesto. Decidió que este caso era demasiado importante: si ganábamos, nos traería

reputación y más fortuna. No lo miré. Pero sabía que él no me quitaba los ojos de encima.

***

Una hora después, me mandó llamar a su despacho.

Entré. Me senté. Él permaneció en silencio. Luego dijo:

—Eso fue poco profesional. No, solo te estás exponiendo tú. Me estás exponiendo a mí. Mi apellido.

—Si no fuera tu hijo, ¿me dirías lo mismo?

—Si no fueras mi hijo, no tendrías este caso.

Me tensé.

—¿Quieres llevar el caso Ellerton? Hazlo. Pero sin errores. O lo destruyes y me traes sus activos. Y, por favor, sin "romanticismos". Ni chicas de cafetería rondando en tu cabeza durante las reuniones.

Maldito. Sabía de quién eran esos mensajes. ¿Cómo se me pudo olvidar con quién estoy tratando? Él controla todo.

Me levanté.

—No es de una cafetería, es de un hotel —solté, cortante.

Él solo bufó. Pensé que ese no era el momento de discutir. Pero lo último que dijo me dejó pensando: «destrúyelo». Está claro que hay algo más. Mi padre no se involucra sin un interés propio. Tengo que averiguarlo. Mientras tanto, seguiré siendo el hijo obediente.

—Perdón, me distraje un segundo —mentí sin levantar la vista.

—Tonterías.

Me quedé en silencio.

—¿De verdad crees que no noto cómo revisas el teléfono en cada reunión?

Así que lo había notado. Tiene ojos de halcón.

—Es solo...

—Dejé claro cuán importante es este caso —me interrumpió.

—Lo sé —respondí con calma.

Hizo una pausa. Me evaluó. Luego señaló el bolsillo de mi saco.

—Entonces termina con puntos débiles, refiero con ella. O con quien sea que te esté distrayendo.

—Papá...

—¿Quieres que te tomen en serio y ayudar realmente con este caso? —su voz, helada—. Ya sabes lo que dicen de ti.

—¿Qué dicen?

—Que eres un niño rico que no hace nada. Que está aquí porque su padre lo puso. Que gastas mi dinero, pero no quieres trabajar en el negocio familiar. No asistes a las reuniones, pero igual apareces en las actas. No les des razones.

Apreté la mandíbula.

—Entendido.

Asintió. Como jefe. No como padre.

—Eso es todo. Puedes irte.

***

Salí del despacho empujando la puerta con fuerza. Al pasar por recepción, le di una patada a la papelera. La secretaria dio un respingo. Asentí con la cabeza:

—Perdón.

Entré en mi oficina y cerré la puerta de un portazo. Me apoyé con ambas manos sobre el escritorio y respiré hondo. Le pago alquiler

por esta oficina. Tengo un nombre ya como consultor de crisis y reestructuración. Decido el destino de empresas con facturaciones millonarias. Y, aun así, no es suficiente para él. Y Ellerton ha venido a MÍ.

Alguna vez hice todo según las reglas. Entregaba resultados. Cerraba acuerdos, ganaba negociaciones. Pero basta con distraerse un segundo… ¿y todo se derrumba? No. No se derrumba porque me distraigo. Se derrumba porque decidí arriesgar. Porque dejé entrar en mi vida algo que no se puede controlar: emociones, tacto, la mirada de Chloe cuando no tiene tiempo de esconderla.

Y ahora mi padre exige que la saque de mi vida. ¿De dónde viene eso? Lo entendí claramente en su tono. Ni siquiera sabe quién es ella.

Nunca se ha interesado en mi vida personal. Nunca hablamos de mujeres. Ni de familia. Ni de mí. Siempre fue solo un nombre sobre un edificio. Y, aun así, ese nombre sigue pesando sobre mis hombros. Entonces, ¿por qué ahora?

Me pasé una mano por la cara. Recordé ese beso. Su sabor. Su calor. La forma en que me miró después. Sin falsedad. Sin el menor interés por mi cuenta bancaria. ¿O quizás no lo vi? ¿Y ella es igual que todos? Como mi madre falsa. Como él. En cualquier caso, ahora no es momento de pelear con mi padre.

"Acaba con esto antes de que empiece." Suena lógico. Razonable. Tiene razón. ¿Para qué seguir con esto? La arruinaré, la conseguiré, y perderá todo el sentido. Y ella… tal vez sobreviva. Mejor cortar todo ahora, antes de que tenga esperanzas.

Miré el teléfono.

Pero no pude marcar.



Capítulo 11. Chloe

Miro el reloj. Son exactamente las siete. Me acerco a la puerta, giro la llave y cambio el cartel a "cerrado". Ha sido un día largo. La verdad, las últimas dos semanas han sido agotadoras. Estoy entrenando a la nueva, la que trajo Laila.

Está bien tener más manos, pero… ella no sabe nada de café. Nada. Ni cómo hacerlo, ni cómo servirlo. Por eso he estado haciendo turnos dobles: para enseñarle y para no volverme loca. Aún no la dejan sola, y yo sigo sin entender por qué la contrataron.

Hoy estuve sola, y, en realidad, me gustó. Cuando todo está bajo mi control, me siento más tranquila. Lástima que Graham no apareció. Cada vez que sonaba la campanita de la puerta, levantaba la mirada con esperanza. Incluso fuera de su horario habitual.

Pensé en él a cada rato. Mi trabajo de fin de carrera dejó de parecerme lo más importante del mundo. Me lo admití: lo extraño. Han pasado dos semanas. Nos escribimos todos los días, pero no es lo mismo. No verlo... me mata. Aunque, cuando canceló nuestra cita

en el último momento, hice como si no pasara nada. No tenemos nada serio. Sería ridículo mostrar que me dolió. Mostrar las cartas no es mi estilo. Especialmente cuando nadie prometió nada. Y además, ¿quién soy yo y quién es él? Hay un abismo entre nosotros. Pero a pesar de esas voces en mi cabeza, soñaba con sus caricias, con sus besos… y con más.

Con Graham he hecho muchas cosas que no suelo hacer. Por ejemplo, no suelo tener sesiones de "besos ardientes" en mi trabajo.

Nadie lo mencionó en voz alta, yo no podía olvidar ese momento. Sobre todo porque cada día me paro frente a esa misma barra. Recordaba sus manos: en mi cabello, en mi cintura. Recordaba el borde frío de la encimera en mi espalda y sus labios en los míos. Fue el momento más caliente de mi vida, no solo porque pudieron pillarnos, sino porque fue él. El tipo que me sacaba de quicio desde el primer minuto.

Y parece que él tampoco lo olvidó. Me escribió sobre eso. Por un momento, sus silencios dejaron de doler. Pero, aun así, lo echaba de menos. Miré por la ventana, hacia la acera vacía. Viernes por la noche. Algunos ya están en casa, otros se preparan para salir. Y yo estoy aquí, deseando que él aparezca al final de la calle. Aunque sé que probablemente sigue en su oficina. Me contó por teléfono que está con un caso grande. Intenté ser comprensiva.

Volví al mostrador, limpié la recepción, la pantalla, la barra. Saqué la basura. Al regresar, ya iba a apagar las luces cuando escuché que tocaban la puerta.

¿En serio? ¿Es que nadie ve el cartel?

Me acerqué. Pero no era un cliente tardío.

Era Graham.

Inspiré hondo. Abrí la puerta. Él estaba ahí, con las manos en los bolsillos, la mirada cansada.

—Hola —dije, sonriendo.

—Hola —respondió con voz baja, agotado.

Algo no estaba bien. Me hice a un lado y lo dejé pasar, cerré la puerta con llave.

—No te esperaba —dije, siguiéndolo hasta la barra. Se sentó en uno de los taburetes.

Yo me senté a su lado y lo observé con atención. Apoyó los codos en la barra y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Todo bien? —Quise tocarlo, pero me contuve.

—Sí. Solo… ha sido un día duro —suspiró, levantó la cabeza y finalmente sonrió. Esa sonrisa. —Me alegra verte —añadió, y apretó mi mano.

—A mí también. ¿Quieres café?

—No, no. Estoy bien —negó con un gesto.

Parecía como si hubiera cargado bloques de hormigón todo el día. Yo solo quería que se sintiera mejor. Que pudiera respirar.

Esperé un momento. Luego fui a la cocina y llamé a Sofía. Necesitaba su apartamento. Aceptó sin hacer preguntas. Pedí un taxi de inmediato.

Cuando regresé, lo tomé de la mano.

—Vamos —dije. Él se levantó sin decir nada. Apagué las luces y caminamos juntos por la cocina en penumbra hasta la puerta trasera. La empujé.

No hizo preguntas. Simplemente, me siguió hasta el coche. Nos sentamos atrás. Se apoyó en mí, y yo recosté su cabeza sobre mi pecho. Viajamos en silencio todo el trayecto hasta el piso de Sofía. Unos diez o quince minutos. Incluso pensé que se había quedado dormido.

Y sí. Se había dormido.

—¿Dónde estamos? —murmuró, abriendo los ojos.

—En casa de Sofía. —Vaya entrada —murmura, con una sonrisa ladeada.

Pongo los ojos en blanco mientras salgo del coche. En el ascensor solo puedo pensar si ella habrá recogido un poco por la mañana. Lo dudo. No importa. Estaremos solos. Solo nosotros dos. Y con ese pensamiento, algo se agita dentro de mí. Saco la llave de repuesto y abro la puerta.

Lo llevo directo a la cocina y señalo el taburete alto.

—¿Has comido hoy? Él niega con la cabeza, aunque parece más un gesto derrotado que una respuesta clara. —No.

Abro la alacena. Vacía, cómo no.

—¿Mac and cheese te sirve?

—Perfecto.

Mientras se cosen los macarrones, sirvo dos copas de vino blanco. Le paso una, y él asiente con gratitud.

—Te ves…

—¿Cansado? ¿Molido? ¿Roto? —me interrumpe. No suena molesto, solo sincero. —Todo lo anterior —respondió, sonriendo tras un sorbo —.

Pero aun así, sexy.

Él se ríe. De verdad. Su primera carcajada auténtica en toda la noche. De esas que no necesitan demostrar nada. Le sirvo el plato y se lanza sobre él como si llevara días sin comer. Le sirvo un poco más. Cuando termina, se recuesta contra el respaldo del taburete. Un millonario devorando macarrones con queso en la cocina de una chica común. La imagen me hace sonreír sola.

—Estaba increíblemente bueno.

—Nunca subestimes una caja de queso en polvo.

—¿Qué?

—Nada, olvídalo.

Recojo los platos mientras él bosteza y se estira. Algo se sacude dentro de mí. Sin pensarlo, me acerco, le tomo de la mano y lo llevo al baño. Abro la ducha caliente, busco una toalla limpia y se la paso.

—Ve. Quítate de encima este día.

Me mira. No como el ejecutivo arrogante, ni como el tipo que está acostumbrado a que todo el mundo le diga que sí. Me mira con gratitud. Luego entra entre el vapor, y yo cierro la puerta tras él.

Recojo algo de ropa, aliso las sábanas, me cambio: una camiseta suelta y shorts. Nada escandaloso, pero... un guiño. No sabía si se iba a quedar. Pero lo deseaba.

Cuando el agua se apaga, salto a la cama, agarro el primer libro que encuentro y finjo que leo. El corazón me late fuerte en la garganta. Oigo la puerta abrirse. Pasos. Suaves.

—¿No tendrás por casualidad unos pantalones que me queden? —pregunta su voz desde el marco de la puerta.

Levanto la vista. Y olvido cómo respirar.

Está allí, solo con una toalla. Gotas de agua en su clavícula, en el pecho, bajando por su abdomen. La piel húmeda y tibia. El cabello revuelto. Y esa sonrisa. Eso es. Y claro que sabe que lo estoy mirando.

Maldita sea. ¿Cómo se supone que vuelva a fingir que leo?

Trago saliva, y con dificultad aparto la mirada de su cuerpo. Pero cuando la subo de nuevo, él ya viene hacia mí. Lento. Con esa seguridad serena que me pone los nervios de punta. Quiero esconderme detrás del libro, de un chiste, de mi armadura... pero él me lo quita suavemente de las manos y lo deja a un lado. En silencio. Como si supiera que iba a decir que sí, aunque no lo diga en voz alta.

Sus dedos se posan en la pretina de mis shorts. Mi piel arde bajo su roce. Baja la tela lentamente, y yo no opongo resistencia. Me recuesto. Las piernas se separan solas. Solo quedo con las braguitas puestas y una camiseta larga que apenas cubre mis muslos.

Él se recostó junto a mí, se inclinó y sentí su aliento —cálido, cercano, con ese olor a piel, viento y algo eléctrico—. Sus labios rozaron los míos, y yo, sin pensarlo, lo dejé entrar. El beso fue voraz. Urgente. Pasé los dedos por su cabello aún húmedo, sintiendo bajo las yemas esa tensión contenida, como si también él estuviera aguantando más de la cuenta.

Su mano se posó en mi vientre, luego bajó. Me tocaba sobre la tela —lento, con ese maldito autocontrol que me desesperaba—. Mi respiración se entrecortaba, el cuerpo respondía a cada mínimo movimiento. No pensaba, solo sentía: cómo me exploraba con los dedos, cómo me besaba como si saboreara cada rincón de mí.

Cuando apartó la tela de mi ropa interior y me tocó directamente —húmeda, palpitante, lista—, cerré los ojos y me arqueé, recibiendo todo lo que él ofrecía. La primera presión de sus dedos fue como una descarga. Se movía con firmeza, con precisión, como si supiera exactamente dónde tocar para empujarme al borde. Me guiaba, y yo lo seguía, entregada al ritmo, al calor, a su piel.

Abrí los ojos y atrapé su mirada. No había duda. Solo hambre. Cruda. Instintiva. Eso me desarmó. Me incliné, arranqué la toalla de su cuerpo, y ahí estaba él, firme, caliente, esperando.

Mi respiración se aceleró. Me subí a horcajadas sobre él, sentí cómo se frotaba contra mis bragas, cómo sus manos tomaban mis pechos, intensos, posesivos. Me arqueé hacia él, buscando más, el cuerpo pidiendo a gritos.

Me deslicé por su erección, lenta, hasta la base. Sentía cómo se tensaba, cómo contenía el gemido. Él alzó mis caderas, de un tirón me quitó la camiseta, y yo lo ayudé, sin pausa. Me quedé desnuda. Y su mirada me quemó la piel.

Se incorporó, sus labios encontraron mi pezón, su lengua trazó círculos. Me moví sobre él, húmeda, deseando, a punto. Cada roce era un latido directo al centro del placer. Podría haber llegado así, sin más. Pero quería todo.

Él me sujetó con fuerza. De un solo movimiento, rasgué mi ropa interior. No me aparté. Sonreí. Y lo miré directo a los ojos. Él me sostuvo la mirada. Intensa. Feroz.

Tomó aire. Solo uno.

Y me bajó sobre él.

Un jadeo escapó de mi garganta. Me sentía tan estrecha, tan llena. Todo era calor y presión. Se movió lento, hasta el fondo, disfrutando cada segundo. Sus manos en mi cintura guiaban el ritmo. Yo montaba sobre él, marcando el compás, más profundo cada vez. Él subía a mi encuentro, y nuestros cuerpos ya no eran dos, sino uno: pesados, sincronizados, inevitablemente conectados.

Me incliné hacia delante, me aferré a las sábanas mientras él embestía con más fuerza. El aire me abandonaba a cada impulso. Nos desplazábamos por la cama como en un trance. Sudor en la piel. Respiraciones unidas. Gemidos que llenaban la habitación como ecos de deseo.

Sus manos recorrieron mi espalda, me sujetó de las caderas, me guio como si leyera mis pensamientos. Ya no pensaba. Solo sentía. Solo él.

Nuestros labios se encontraron de nuevo. Ansiosos, mojados, sin palabras. Su lengua jugaba con la mía, su cuerpo seguía empujando. Me atrajo aún más hacia sí, y entró con fuerza. Profundo. Hasta el fondo.

Gemí. Y en ese instante… me rompí.

Él también.

Mi cuerpo se tensó, estremeciéndose, mientras él me sostenía fuerte. Demasiado fuerte. Me escondí en su cuello, escuchando el retumbar de nuestros corazones. Fundidos. Hasta que el temblor se calmó. Hasta que la respiración volvió a ser solo aire.

Hasta que todo quedó en silencio.

Y ese silencio… era peligrosamente definitivo.



Capítulo 10. Graham

Me despertó un pitido electrónico. Luego otro.

Abrí un ojo. Ese techo no era el mío. Paredes blancas. Cortinas translúcidas, y tras ellas, un amanecer lento.

No estoy en casa. Estoy en lo de Chloe. Bueno, técnicamente, en el departamento de su amiga Sofía.

Me giré de lado. Ella dormía boca abajo, de cara a mí, respirando tranquila. La sábana se había deslizado, dejando al descubierto la piel lisa de su muslo. Seguía desnuda. Yo también.

Cerré los ojos. Lo recordé todo.

Mis manos en sus caderas. Ella encima, los movimientos suaves. Mis labios en su pecho. Su voz rompiéndose justo al llegar al clímax. Todo lo que pasó entre nosotros, y todo lo que quedó después. Nos quedamos dormidos casi al instante. Como si alguien nos hubiera desconectado.

La abracé y la acerqué hacia mí. Se movió apenas, suspirando entre sueños. Era raro. Estoy acostumbrado a despertar solo. Pero

esto... esto era calor. Su piel contra la mía. Su respiración. Su olor. Me encendía.

—¿Ya quieres otra vez? —murmuró sin abrir los ojos. Sonreí.

No sabía que estaba despierta. Y sí, quería.

Me incliné para besarla. Ella entreabrió los labios, dejó que los rozara suavemente. Pero enseguida se apartó.

—Tengo aliento de zombi. Ya vuelvo —saltó de la cama envuelta en la sábana. Alcancé a sujetarla de la muñeca.

—No importa. Ven aquí.—A mí sí —me lanzó una mirada desde la puerta. La sábana resbaló. Me quedé congelado.

—Espera —susurró. Y desapareció.

Me tumbé de espaldas, las manos detrás de la cabeza. El sonido del agua corriendo llegó desde el baño. Mis pensamientos eran... intensos. Demasiado. Podría repetirlo todo desde el inicio. Lento.

Entonces sonó el maldito ringtone.

—¿En serio? —bufé, mirando a mi alrededor. ¿Dónde diablos dejé el teléfono?

—¿Buscas esto? —apareció Chloe en la puerta, haciendo girar el móvil en su mano.

—Mi heroína —gruñí, tomándolo y dejándolo caer en la cama. En lugar de contestar, la atraje hacia mí.

Ella rio, se tumbó encima, aún aferrada a la sábana. La abracé y empecé a deshacer el nudo de tela.

No se resistió. Solo me miraba. Firme. Serena.

Deslicé las palmas por su cuerpo. Caderas. Cintura. Pecho. Y de vuelta. Ella se inclinó y rozó mi frente con sus labios. Levanté la mano hacia su rostro. Ya iba a besarla...

Y otra vez, ese maldito teléfono.

—Contéstalo —susurró ella—. Podría ser algo serio.

Rechinando los dientes, estiré el brazo. Vi la pantalla.

Las cinco de la mañana.

Papá.

Genial.

—¿Sí?

—¿Graham? —la voz rasposa inconfundible—. Revisé los documentos de Ellerton. Así no podemos llevarlo a juicio. Hay demasiados errores. Si lo declaramos en bancarrota solo sobre el papel, cualquiera se va a dar cuenta.—Podemos corregirlo para el lunes.

—No. Hoy. Inmediatamente. Te espero en mi despacho en una hora.

—Papá, ahora estoy...

—Tú fuiste quien quiso demostrar que podía manejar casos serios. Este lo es. ¿O ya olvidaste nuestra conversación? Mi nombre está en juego.

Cerré los ojos. Quise decir "sí, lo recuerdo". Quisa. Pero no lo hice. Él nunca fue un padre. Fue una voz al otro lado del cristal, con cifras, fechas y deadlines.

—Entendido. Voy para allá. Colgué.

Sentí la mirada de Chloe. Alcé los ojos. En los suyos —casi nada. Ya había aprendido a ocultar lo que duele.

—¿Así que la ronda dos se cancela? —dijo bajito, como si no quisiera preguntar, pero no pudiera evitarlo.

—Llamada urgente. Mi padre.

Ella solo asintió, sin decir nada, y se deslizó lejos de mí, envolviéndose de nuevo en la sábana. Se sentó, abrazando las rodillas.

Me levanté sin hablar, entré al baño y encontré mis cosas. Me lavé la cara con agua helada, mirando mi reflejo en el espejo.

Sabía cómo se veía todo desde afuera.

Y, por alguna razón, era peor de lo que había imaginado.

Cuando regresé, Chloe ya estaba en la cocina, con la misma camiseta gris y amplia de la noche anterior. Llevaba el cabello recogido a toda prisa, los ojos aún medio dormidos. Me entregó un vaso de café para llevar.

—Déjà vu —murmuré, tomando el vaso.

—¿Te acuestas con todas las recepcionistas-baristas o soy un caso especial? —entrecerró los ojos.

—Sabes a qué me refería —fruncí el ceño y di un sorbo. Fuerte, intenso, con ese amargor que me recordaba a ella.

Se hizo un silencio. Demasiado largo.

Las palabras no salían. Acabábamos de pasar juntos una de las noches más intensas de mi vida, y yo me iba como si no significara nada. Pero sí significaba. Vaya si lo hacía.

—Bueno… me tengo que ir —solté, y me arrepentí al instante.

—Ajá, hasta luego —respondió, corta. Sin reproches, pero sin sonrisa.

La abracé. Se pegó a mí más de lo que esperaba… y se apartó enseguida. Se cerró. Como si ya no estuviéramos en un "hasta pronto", sino en un "adiós".

Debí decir algo. Explicar. Pero no dije nada.

Porque ni yo mismo sabía qué hacer con todo esto.

Salí del departamento y pedí un taxi. He chequeado mi teléfono mientras llegaba: miles de mensajes de trabajo y de Christine. Ella intentaba localizarme. Me estremecí de asco solo de pensar en ella, después de lo que pasó con Chloe. Mis dedos pasaban noticias en el teléfono por inercia, pero la cabeza... en otra parte. Nublada.

Cuando llegué a la oficina, mi padre ya estaba en la sala de reuniones. No estaba solo, como esperaba. Con las manos cruzadas sobre la carpeta del caso Ellerton, ni siquiera me miró al entrar.

Me tensé.

Si él estaba allí, significaba que yo había perdido el control. Que venía a recuperarlo.

—Llegaste. Milagro —comentó, mirando el reloj—. Siéntate.

Me senté y tomé la carpeta. No dijo nada sobre los errores. No me corrigió. Solo esperaba. Como si fuera un examen.

Contuve el fastidio. Revisé los documentos, marqué los fallos. Era una prueba. De confianza. De fuerza. O ambas.

—Bien —asintió—. Ahora podemos empezar.

Los demás empleados empezaron a llegar hacia las siete. Todos al límite. Este caso de Los Ángeles nos exprimía hasta la última gota. Ellerton no era solo poderoso. Era peligroso. Podía aplastarnos, y su esposa, derrumbar su imperio. Pero acudió a nosotros, en Nueva York, para mantener todo en secreto. Esto era caminar al borde del abismo: o te comen... o los comes tú. Si tienes suerte.

Trabajamos todo el día sin parar. Para el almuerzo, mi padre pidió sándwiches de la cafetería de la esquina, pero ni siquiera recuerdo qué comí. Mi mente hervía en su propio jugo.

Cuando tocó preparar los argumentos finales, yo estaba listo.

Todos se fueron. Menos yo.

—A mi despacho —ordenó mi padre desde la puerta.

Me dejé caer en el sillón y apoyé la cabeza hacia atrás.

—¿Día largo, eh? —preguntó, como al pasar.

—Dos semanas largas —gruñí.

—Acostúmbrate —se encogió de hombros—. Esto recién empieza.

No respondí. El agotamiento pesaba. Pero entonces dijo, en voz baja:

—Estoy orgulloso de ti, Graham.

Levanté la vista. Esas palabras no eran comunes.

Señaló una fotografía sobre el escritorio —el abuelo y él. Dos épocas, una dinastía.

—El abuelo también estaría orgulloso —añadió.

Asentí. Y por alguna razón, apreté la mandíbula.

—¿Lo extrañas?

—A sus principios —respondió, entrelazando los dedos—. Sé que piensas que te presiono. Pero es necesario. Tienes que llegar al límite. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. Pero quiero hacerlo a mi manera —dije, más bajo.

—Bien. Lo veo. Y el siguiente caso ya está en la mesa… te lo aseguro.

—¿En serio? —estuve a punto de reír.

—¿Qué esperabas? ¿Vacaciones? Siempre hay un siguiente, hijo. Para la Wallace Company, siempre. Lo entiendes mal. No te estoy hundiendo. Te estoy haciendo fuerte.

Me sacó de mis pensamientos cuando deslizó una nueva carpeta hacia mí. La abrí, pero mi cabeza no estaba allí.

Estaba en ese departamento, con olor a café recién hecho y su cabello sobre mi almohada. Miré la pantalla del teléfono. 18:04. Ni un mensaje de Chloe. Quizás se molestó. Y yo creyéndome el que lo maneja todo. Ella es la que lo hace sola. Yo solo soy otro hijo de Wallace.

Para cenar, papá pidió comida del Lumen. Filete y guarniciones. Y de nuevo, todo me llevó a Chloe. Aquella noche, aquel restaurante. Por supuesto que no quería que acabara. Pero también quería que fuera ella quien decidiera.

Cenamos en silencio, en la misma sala de conferencias. Me fui recién a las diez. El día se quemó como papel en un cenicero. También comprendí que mi padre realmente se jugaba algo en este caso. Y que si lo perdíamos, no solo me hundirían a mí. Lo arrastrarían con él.

La noche con Chloe ya parecía lejana. Como si le hubiera pasado a otro tipo, en otro mundo. En otra vida.

Podría haberle escrito. O llamado.

Pero no lo hice.

Solo me fui a casa. Y me desplomé.



Capítulo 12. Chloe

Vuelvo a mirar la pantalla del teléfono. Vacía. Ni una sola notificación. Lo lanzo dentro del bolso y suspiro con fuerza.

Ha estado todo el día a mi lado, sobre la caja registradora: negro, inmóvil, sin el más mínimo indicio de un mensaje de Graham. No vino. Ni siquiera escribió para decir que no vendría.

Apago las luces, cruzo la cocina y activo la alarma. La última vez que hice exactamente esto, me giré... y él estaba detrás de mí. Esa noche lo llevé de la mano hasta mi habitación como si supiera lo que hacía. Aunque no tenía ni idea. Solo quería tenerlo cerca.

***

Han pasado apenas dos días. Pero se sienten como dos semanas. Desapareció después de aquella noche y no lo he vuelto a ver. No hubo pelea. Ni escena, ni conversación. Solo... nada. Y es justamente ese "nada" lo que me está volviendo loca.

Pido un taxi con fastidio. Y hasta en el coche, me parece que todo huele a él. Digo la dirección de Sofía y me quedo mirando por la ventana. ¿Pudo haber sido todo demasiado perfecto?

Macarrones con queso, vino blanco barato, su cabeza sobre mi hombro. Su cuerpo —entregado completamente. Estaba agotado. Y, aun así, vino a mí.

Eso significó mucho. En su momento.

¿Y ahora? ¿Qué soy para él? ¿Una chica más? ¿Un refugio temporal contra su realidad?

La radio lanza un bloque de anuncios, seguido por una canción de corazones rotos.

No tengo ánimo ni para lo uno ni para lo otro.

Sofía sale de la cocina con dos copas de vino tinto y me lanza una mirada sabiendo exactamente en qué estoy pensando.

—¿Aún nada? —pregunta con suavidad.

Me encojo de hombros. No necesita que le explique.

—Perdona por aparecerme así —digo, aceptando la copa—. Pero… estar en casa habría sido peor.

—No digas tonterías. Tengo hasta dos cepillos de dientes para ti —sonríe—. Siéntate. Vamos a quejarnos por turnos.

Me dejo caer en el sofá. Sofía se acomoda a mi lado, con las piernas cruzadas como siempre.

—¿Y bien? —pregunta.

—Silencio. No escribió. Ni se pasó por la cafetería. Dos días. Simplemente… desapareció.

—Seguro que está hasta el cuello con el trabajo. Eric también está colapsado.

—Lo entiendo. No estoy exigiendo explicaciones. Pero... pasamos la noche juntos. Y después simplemente... se fue. Sin un "hola", sin un "fue genial". Como si hubiera sido solo sexo. Nada más.

—¿Fue solo sexo espectacular?

—No solo eso —respondí, dejando la copa sobre la mesa y mirándola—. Fue… distinto. Comimos macarrones de caja, y se durmió sobre mi hombro en el taxi. No fue una noche cualquiera. Además, lo vi muchos mensajes de una chica que se llama Christine, no pienso que esté de trabajo a las dos de madrugada. Tal vez, es su novia. ¿Fui una idiota?

Sofía niega con la cabeza:

—No. Solamente diste un paso. Confiaste. Eso no es de idiotas.

Le sonrío, con torpeza.

—No me siento muy fuerte ahora.

—Escucha —se inclina hacia mí—. Sé que no eres de las que muestra lo que siente. Pero... ¿y si él también tiene miedo?Tú no eres fácil, Chloe. No puedes ser comprada con cualquier cosa. Eso asusta a tipos como él. Especialmente si no están acostumbrados a lo real.

—Pues de momento, solo guarda silencio. Y yo estoy aquí sentada, sintiéndome como una tonta.

Sofía me toma la mano y la aprieta.

—No eres ninguna tonta. Escríbele tú.

Silencio.

—¿Quieres que le pregunte algo a Eric?

Niego rápidamente con la cabeza:

—No. No quiero enterarme por nadie más. Si él... si no me escribe por su cuenta, entonces no lo necesito.

Sofía asiente, respetando mi decisión.

—De acuerdo. Entonces quédate a dormir. Haré un nido con mantas, pondré comedias románticas viejas y te alimentaré a base de helado.

Sonrío.

—Suena como un plan de emergencia ideal.

—Siempre funciona.

Y por un segundo, creí que todo podría estar bien.

—¿Y tú? ¿Qué tal con Eric? —pregunté, recordando que Sofía también estaba en medio de algo.

—Después de la cena aquella noche, me llamó... y volví con él —murmuró.

—¿Y?

—Y dormimos juntos. Oh, Chloe... fue tan bueno. Tan bueno. Ya sabes que no suelo tener relaciones íntimas con cualquiera, pero con él… se sintió bien.

—¿Y sabes qué? —los ojos de Sofía brillaron—. Ni se sorprendió. No hizo preguntas. Solo... me besó. A mí. A ella. Y todo lo demás.

Se sonrojó hasta las orejas, pero la sonrisa no se le borró. Yo también sonreí. Sabía cuánto significaba eso para ella.

Sofía siempre había escondido la mancha de nacimiento en su costado. Nunca llevaba tops. En la playa —solo trajes de baño enteros. Para mí, desde niñas, era como su sello único, como un tatuaje natural. Pero ella lo odiaba. Lo veía como una imperfección.

Y ahora, por primera vez, se había permitido mostrarse tal cual, sin esconderse, sin encogerse.

—Él te conviene —dije en voz baja, apretando su mano—. Te mereces que te quieran así. Sin condiciones.

—Gracias. Pero, claro, no todo es tan simple. Y tú... ¿cómo están las cosas con Graham? —susurró.

Se hizo una pausa. Negué con la cabeza. No podía hablar de eso. No ahora. La entendía. Y ella no me presionó. Sabía que no era fácil. Y ese silencio suyo... después de dos días sin un solo mensaje, sin una sola mirada. Solo eso: silencio.

Sofía notó el cambio en mí y levantó las manos, rindiéndose.

—Vale, no insisto.

Su teléfono vibró. Lo miró, y su sonrisa volvió a iluminarle la cara.

—Es Eric. Llega en diez. ¿No te importa, verdad? El plan de crisis queda en pausa, me voy de misión exploratoria.

Dio un pequeño salto y salió disparada a su habitación —seguro a buscar el vestido y el perfume que él ya le había elogiado alguna vez.

—Diviértete —le grité, y me fui al baño.

Necesitaba una ducha. Para no pensar. Para no sentir. O al menos intentarlo.

Estuve largo rato bajo el agua caliente, como si pudiera borrar el día. O quizá los recuerdos.

Cuando salí, Sofía ya se había ido. La casa estaba en un silencio absoluto. Calenté los restos de la pasta y me senté con el plato frente al televisor. Empecé a cambiar de canales, pero ninguno

lograba retenerme. Tomé el libro que había dejado Sofía en el sofá, hojeé unas páginas y lo dejé a un lado. Nada me entraba.

Suspiré y apoyé la cabeza en el respaldo del sofá.

Y no, no lograba dejar de pensar en Graham.

Repasaba cada detalle en mi cabeza. Su mano en mi cintura. Cómo me miraba. Cómo se reía. Cómo se durmió a mi lado. Todo parecía tan real. Tan auténtico. Casi creí que él no era uno más del montón.

Y ahora... vacío. Ni una llamada, ni un mensaje, ni siquiera un emoji triste. Solo desapareció. Así como llegó.

Me odiaba por extrañarlo. Por preguntarme. Por haber empezado a creer. Yo, la que se protege con capas de sarcasmo y café.

Y ahora... solo rabia. Contra él. Contra mí. Por haber caído otra vez.

Esperaba que con un tipo como él, fuera diferente.

Antes, habría puesto los ojos en blanco: "otro Ken en traje".

Pero este Ken... desordenó todo mi ritmo.

Los tipos como él no dejan espacio para nada más que trabajo y ambición.

Y lo demostró al irse apenas sonó el teléfono de su padre. Ni una despedida decente.

Ni un "te llamo luego", ni un "gracias por esta noche". Solo su corbata al hombro y sus pasos en el pasillo.

Resulta que en su agenda yo estaba justo entre el café de madrugada y la reunión con un juez.

Perfecto.

Pero yo también tengo vida. Y sueños.

No voy a permitir que un tipo con traje caro me saque del camino que me he construido. Especialmente si está acostumbrado a que todo se le rinda sin esfuerzo.

Exhalé, me senté frente al escritorio y abrí el portátil. Tenía la cabeza hecha un lío, pero los dedos empezaron a escribir la tesis casi solos.

Primero una frase. Luego otra.

Después de dos horas... casi no pensaba en Graham.

Casi.

No recordaba su mirada.

Ni sentía sus manos sobre mí.

Ni repasaba cómo me derretía sentada sobre él.

No.

Casi no pensaba.

***

Pasó otra semana.

Dejé de mirar hacia la puerta cada vez que daban las once. Dejé de revisar el teléfono con la mirada. Dejé de esperar.

Los turnos dobles y las clases eran lo mejor que podía pasarme. O al menos eso quería creer. En mi cabeza, funcionaba. Pero la realidad...

Justo acababa de espumar la leche para una tasa de chai late y estaba poniendo una magdalena en el plato cuando la puerta de la cocina chirrió.

Pensé que sería Laila, que como siempre habría olvidado sus auriculares. Pero al darme la vuelta… no era Laila.

Vi a Carlos, el jefe. Y Carlos nunca aparecía "solo porque sí". Me enderecé.

—Todo se ve muy bien —dijo, echando un vistazo rápido al local.

—Gracias. Pero si viniste a decirme que me conseguiste otro aprendiz, te aviso que la última no duró ni una semana.

Ignoró la broma y se apoyó en la barra.

—En realidad... he puesto a la venta este lugar. El hotel, la cafetería, todo. Y tú eres la primera en saberlo.

—¿Qué? ¿Y el café…? —mi voz sonó más alta de lo que debía. Me tapé la boca con la mano.

Lo dijo con tanta naturalidad, como si hablara de cambiar una bombilla y no del sitio donde había pasado los últimos años. Donde aguanté turnos eternos. Donde soñaba con abrir algo propio algún día.

—Ya no me llena —añadió, encogiéndose de hombros—. Pero a ti sí. Se nota.

—Sí... —logré responder, apenas.

—Por eso te lo digo a ti primero. Tal vez consigas el dinero y te lo quedas tú.

Parpadeé. Seguramente puse cara de no haber entendido una sola palabra. Carlos soltó una carcajada abierta.

—¿En serio? ¿De dónde voy a sacar ese dinero?

—Tú siempre estás compartiendo ideas. ¿Crees que no te escucho? Eres lista y determinada —hizo una pausa—. Aunque a veces ese carácter tuyo no te ayuda.

"Estoy segura de que ni has oído la mitad de lo que soy capaz", quise soltar. Pero tragué el sarcasmo. No era el momento. Él había

venido a mí. Quizás esperaba una reacción. O una decisión.

—Necesito pensarlo —dije con cautela, siguiendo su tono casi juguetón.

—Claro. Tómate tu tiempo, pero no demasiado.

Me dio una palmada en el hombro, como si fuéramos viejos colegas, y se fue por donde había venido.

Me aferré al borde de la barra. Todo giró un poco.

Quise reír. De nervios, de sorpresa, de puro shock.

Miré mi pequeño reino: las mesas donde a veces se sentaban personas a charlar, a leer, a reír. La cocina con su repostería. La cafetera que ya era una extensión de mis manos. Esa "idea tonta" que ahora ya no lo parecía tanto.

Las ventanas bañadas de luz. La calle viva. La señora Jenkins, con su hijo insoportable, pero con esa cara de gratitud infinita.

Y entonces pensé en mi cuarto en el sótano. Ese lugar miserable que aún llamaba hogar. Incluso eso podía perderlo.

Y justo ahí, entre esas paredes, había nacido mi sueño.

Y ahora esas paredes se venían abajo junto con él.

Todo esto podía ser mío.

Pero solo en otra vida.



Capítulo 13. Graham

Miro el reloj. Las 10:45 de la mañana.

Antes, a esta hora, ya estaba en camino a esa cafetería.

Ahora… ni pensarlo. Hace semanas que no paso por allí.

Después de aquella noche, no volví a escribirle a Chloe. Ni un mensaje, ni una llamada.

Pensé que así sería más fácil. Que se enfadaría, luego lo entendería, y que cuando quisiera volver, ya sería tarde.

Y sí, sabía que era una cabronada. Pero me convencí de que era lo correcto. Que lo hacía por ella.

Fui a verla esa noche con la intención de acabar con todo.

De ser sincero antes de que se nos fuera de las manos.

Pero acabé en su cama.

Y, joder, quise quedarme.

Somos demasiado distintos.

Yo, hijo de una familia influyente, con responsabilidades, apellidos pesados y la ambición de mi padre respirándome en la nuca.

Ella, recepcionista y encargada en un hotel modesto, que se ha sacado adelante sola, a pulso.

No sabía si era capaz de entrar en su mundo sin estropearlo todo.

Ni si estaba preparado para que ella entrase en el mío.

Pero nada de eso evitaba que la echase de menos.

Sus réplicas afiladas.

La forma en la que me ponía en mi sitio sin pestañear.

Y cómo me cuidaba.

Cuando todo se desmoronaba, no me soltaba frases vacías. Solo escribía: *"Tú puedes. Yo creo en ti."* Y, por algún motivo, eso era justo lo que nunca había tenido.

Tal vez porque mi padre jamás me ha dicho algo así.

Y mi madre… bueno, nos miraba a mis hermanos y a mí con la misma expresión que a él. "Sois iguales". Y no lo decía con cariño.

Intenté distraerme. Me enterré en trabajo.

Cerramos el caso Ellerton. Y con éxito.

Todos los medios lo publicaron: *La bancarrota de Ellerton*.

Sí, conseguimos dejarlo sin activos legales. Vacío sobre el papel.

Su esposa, en shock, sin margen de maniobra.

Y lo más irónico: acabó ofreciéndole ayuda. Parece que han hecho las paces.

Una vuelta de guion que me recordó a mi propia familia.

Mi madre, ella estaba perdonando siempre a mi padre. Una y otra vez.

Aún no entiendo por qué no se habló todo desde el principio. Un café con su mujer y se habría evitado la guerra.

Pero claro, sin drama no hay gloria.

Y hablando de café… cada vez que pienso en eso, pienso en Chloe.

Mi padre estaba encantado.

Pero no sabía por qué realmente me quedaba hasta tan tarde. Por qué iba al despacho los fines de semana.

No era solo por ambición. Era por no pensar.

Pero no puedes dejar de pensar cuando el café que bebes no lo ha preparado ella.

No porque esté malo.

Sino porque no lo han hecho sus manos.

No había su bufido cuando tardaba en pedir.

Ni esa mirada suya, que solo mostraba cuando pensaba que nadie la veía.

Echaba de menos su sonrisa.

La verdadera.

Eso es lo que se le escapaba cuando se olvidaba de parecer distante.

Por las noches, repasaba en mi cabeza esa noche.

Su cuerpo temblando.

Mis manos en sus caderas. Ese instante en el que los dos dejamos de fingir.

No fue solo buen sexo.

Fue... conexión.

Demasiado fuerte.

Hoy es viernes. Siete de la tarde. He cenado algo en la habitación, me he duchado y me he dejado caer en la cama. Quería dormir. Apagar todo. No ha funcionado.

Me he removido una y otra vez. He mirado las luces de la ciudad desde la ventana y he pensado:Ella debe de estar cerrando ya.

Quizá yendo a casa. Quizá en la cocina de Sofía, tomando un té, cansada, pero con esa sonrisa que te deja sin aire.

No he llamado ni una sola vez a Christine.

Ella sí. Varias. Y yo diciéndole: "Te llamo luego". Luego nunca llegó. ¿Y todo por qué? Por ella. Por Chloe.

He abierto su contacto.

Sigue con favoritos.

Mi dedo se ha quedado suspendido sobre la pantalla.

Pero al final he marcado otro número.

—¿Hola? —la voz de Eric, con jazz de fondo. —¿Qué pasa, tío? ¿Qué haces?

—¿Graham?

—Estoy en la cama.

—¿Te pasa algo? ¿Te has jubilado? ¡Es viernes por la noche!

—No, no. Solo... da igual. Quiero hablar.

Pausa. Luego dice:

—¿Llamas por Bon-Bon?

No respondo.

—Venga ya. Levanta el culo y vente. Estoy en "Lumen". Está tranquilo. Hemos acabado una reunión con unos inversores.—¿Estás con…?—¿Con Sofía? No. Está en casa. Y creo que con Bon-Bon. Hazte un favor. Desconecta un rato.

—Vale. Estoy allí en veinte minutos.—Así se habla.

Colgó. Y yo, soltando una maldición, me levanté de la cama. Quizá fuera lo mejor. Un par de cócteles, ambiente de bar, mujeres con

vestidos ajustados y labios rojos... lo que el médico recetó.

Desconectar. Olvidar. Aunque solo fuera por una noche.

Encontré a Eric en la barra, ya con una copa en la mano. Me senté a su lado sin decir nada y pedí un whisky con hielo.

—Me alegra que hayas salido —dijo, sin apartar la vista de su copa —. Aunque aún no me creo que estuvieras tirado en casa, como un trapo, un viernes por la noche. Ni siquiera la ardiente Christine logró mantener tu atención. Y lo más fuerte: sigues sin llamar a Chloe. Sofía me tiene frito preguntando por ti.

—Cállate. No estaba tirado. Christine no me interesa. Chloe tampoco —dije, con un suspiro. Pero hasta yo me oí débil.

Eric dio un sorbo y me miró fijamente.

—¿Qué? —pregunté, incómodamente.

—Sofía me lo ha contado todo. Que lo vuestro pasó. Que ni siquiera me lo dijiste. Y pensar que hace un año no parabas de hablarme de Christine, de lo salvaje que era…—Ajá… —murmuré, bajando la vista al vaso. Estupendo. Ahora todo el mundo lo sabe.

Me dio una palmada en la espalda.

—Sigues siendo el mismo Graham. Te encaprichas, lo consigues y luego desapareces. Pero al menos podrías explicarte. Ella no se lo merece.

—No es así —salté, con más fuerza de la que esperaba.

—¿No? Pues desde fuera parece que estás hecho polvo… O que la has cagado.

—La cagué. —Me tragué el resto del whisky y levanté la mano al camarero para pedir otro. —Chloe no es como las demás. No es de las que entran y salen de tu vida sin más. Es real. Directa. No tiene

miedo. Me ve como soy. Y todo lo que tiene… se lo ha ganado sola. Se merece algo mejor.

—Entonces, enhorabuena, imbécil. Te ha tocado la lotería y la has dejado escapar.

—Sí. Y ya es tarde. Eric se encogió de hombros.

—Tú mismo dijiste que erais demasiado distintos. Igual es lo mejor. Tú en el mundo de los trajes y las juntas, ella sirviendo cafés. Estas cosas rara vez terminan bien. Pero, macho, ni la última chica del barrio se merece que desaparezcan así. Le podías haber dado dos citas y que ella sola pasase página.

Asentí. Y en el instante en que lo hice, me arrepentí.—¿Y tú qué? ¿Con Sofía todo va bien?

—Oh, yo no pienso dejar escapar a la mía. Tiene una energía brutal. Y, por cierto, puede que cambie de trabajo.—¿Va a dejar la hamburguesería?—Le estoy buscando algo mejor. Usando algunos contactos.

Fruncí el ceño.

—¿Y ella lo sabe?—Todavía no. Es sorpresa.—¿Y estás seguro de que es lo que quiere?—Le encantará. Ya va siendo hora de que suba de nivel. No puedo seguir saliendo con alguien que sirve comida rápida. Mis padres no lo aceptarían.

Aparté la vista. Odiaba cuando decía cosas que, en el fondo, yo también había pensado. Como si cualquier persona que no encaje en el molde fuera solo un pasatiempo.Y sí, yo no había hecho nada distinto. Me asusté en cuanto Chloe me hizo sentir algo real.

—Pero tú dijiste que te gustaba lo distinta que era… sin filtros… —murmuré.

—Y es cierto. Pero hay que ser realistas, Graham. Si esto va a ser algo serio, todo tiene que encajar. Mi madre no aceptaría a una chica con delantal. Créeme, lo sé.

Guardé silencio. Conocía a su familia. Mucho más relajada que la mía. Su madre era profesora, su padre trabajaba en una carpintería. Aun así, Eric ya pensaba en "mejorarla".Y yo… ¿no estaba haciendo lo mismo?

Eric se encogió de hombros con una sonrisa torcida:

—La tuya es otra historia. Esa no se deja domar. Con ella solo hay dos opciones: arder... o salir corriendo. Y depende solo de ti.

Cambiamos de tema, hablamos de trabajo, de números y próximos movimientos. A la media hora terminé mi tapa, apuré el whisky y pedí un taxi.—¿Ya te vas? —preguntó Eric, alzando las cejas.

—Estoy reventado —mentí, levantándome.

—Bueno. Yo me voy con Sofía. Me quedo en su casa.

Asentí. Así que él la vería. Estaba con Sofía. Lo había dicho él mismo. Y noté la punzada. Celos. Pura y dura rabia. Como si alguien tuviera acceso a algo mío. A ella, le gustaba. Y yo, nada.

De pronto, lo vi claro.

Tenía que recuperarla.

La necesitaba. Y no quería cambiarla. Me daba igual lo que pensaran de ella los demás. Incluido mi padre.

Lo único que importaba era lo que sentía.

Que sus sueños no fueran como los míos o los de mi familia no significaba que valieran menos.

Que viniéramos de mundos distintos no la hacía menos. Éramos distintos. Y no quería que cambiara.

Tal vez me odiaba ya. Y si no era así, desde luego no me lo pondría fácil. Tendría que currármelo. Arrastrarme, si hacía falta. Pero ella valía eso. Y más.

De camino a casa, me pregunté si ya era demasiado tarde. Tenía que pensarlo bien.



Capítulo 14. Chloe

Me serví una taza de café y me dejé caer en el sofá en medio de un silencio agotado. El portátil estaba abierto. Extractos bancarios, borradores, tarjetas de crédito, facturas… todo desparramado sobre la mesa frente a mí, como el testimonio de un naufragio. Llevo días buceando en este caos desde que Carlos soltó que ponía el hotel —el café incluido— en venta, y que yo era "la primera de la lista". Sonó en chiste. Uno malo.

No tengo dinero. Todo se ha ido en la carrera. Sí, estoy orgullosa de estar a punto de graduarme sin deudas, pero ahora eso me parece ingenuo. No tengo ahorros, ni inversiones, ni una tía rica en Malibú. Solo un diploma en el horizonte y, probablemente, un nuevo trabajo con turno de mañana. Y ni una sola posibilidad real de comprar este maldito hotel.

Me reí con amargura. Luego lloré. No solo por el negocio. Por todo. Por él también.

Graham. Ese millonario de otro mundo que llegó, lo removió todo… y desapareció antes del amanecer.

Me acordé de cuando hablaba sobre inversiones en grandes fondos, sobre trabajar con marcas hoteleras de renombre. Cómo todo sonaba tan fácil para él: hundir, comprar, revivir, vender… cifras astronómicas.

Decidí no quedarme en casa. Fui al piso de Sofía. Me limpié las lágrimas antes de tocar el timbre, pero sabía que era inútil. Ella lo notó enseguida.

Entré en silencio. Nos sentamos juntas. Ella no dijo nada. Solo abrió los brazos, y yo me derrumbé sobre su pecho como una niña. Lloré. Cinco minutos, quizá más. Después suspiré y me enderecé.

—¿Qué pasa? ¿Es por él? —dijo, mirando hacia la mesa.

—Y por eso también. Pero no solo. Carlos va a vender el hotel —solté, sin rodeos.

—¿Qué?

—Ha dicho que, si quiero, puedo comprarlo. Que me da prioridad. Como si fuera un regalo del destino. —Resoplé—. Pero yo ya estoy en la lista negra del destino. Y él... lo dijo como una broma cruel.

—Joder. ¿Y tú quieres comprarlo?

—Sí. Pero es imposible. No es algo que exista en mi vida real. No tengo nada. Solo un diploma de hotelera que está a tres meses de distancia y un pin de recepcionista. Y, perdona, pero no me apetece volver a buscar trabajo en alguna cafetería de mala muerte.

—Perdona, pero eso no es verdad —me interrumpió, cogiéndome la mano—. No tienes deudas. Estás a punto de graduarte. Eres inteligente, currante, y llevas sola un hotel de 50 habitaciones y una

cafetería enteros sin que se hunda. Eso no es "nada". Y si te hace falta, ven a mi hamburguesería. Hay buenas propinas. Te enseño a patinar si hace falta.

Asentí. No de inmediato. Pero asentí. A veces necesitas que alguien te recuerde de lo que eres capaz.

— 100 habitaciones. Gracias.

—Pero dime la verdad. ¿Eso es todo lo que te tiene así o hay alguien más? Aparté la mirada.

Ya habíamos hablado de Graham. Con vino, con palabrotas, bajo una manta. Ella se enfadó, luego se puso triste, y después simplemente estuvo ahí. Ahora solo negó con la cabeza:

—¿Y no te ha escrito?—Silencio total.

—Capullo. —Su expresión se endureció—. Y yo que pensaba que era distinto. Incluso hablé de él con Eric.

—Yo no.

—¿Por qué?

—Porque no es mío. Y yo no soy suya. Somos de mundos distintos, Sofi. Además, creo, que tiene novia, que se llama Christine.

—¿Y qué? Yo también soy de otro mundo. Mírame con Eric. Es todo un señor empresario. Sobre "novia" no lo sé, de vedad.

Guardé silencio. Sí, Eric parecía un encanto sarcástico. Pero le había oído hablar con ella. Y ella se reía más fuerte de lo normal. Era feliz, sí. Pero no veía —o no quería ver— que también eran de mundos diferentes. Yo no me metía. Era su elección. Su posible herida.

—Vosotros sois la excepción —murmuré.

—Tal vez —respondió ella con un encogimiento de hombros, mientras se levantaba rumbo a la cocina—. Pero es nuestra decisión. ¿Le has escrito? ¿Le has llamado? ¿Por qué no lo haces tú, por qué no aclaras las cosas?

Otra vez, no sabía que decir. Terminé mi café. Me puse ropa cómoda, la que siempre dejo aquí. Soy una persona sencilla. Con sueños sencillos.

Pero eso no significa que no merezcan la pena. Y esta vez… sí. Esta vez quiero luchar por ellos, mi diploma, buen trabajo y vida tranquila sin hombres.

***

Al día siguiente, respiré hondo y le escribí a Carlos. Le dije que no tenía dinero. Pero sí tenía algo: ganas. Le pregunté si quizá podríamos inventar algo juntos, como hace tres años, cuando este lugar ni siquiera era un hotel, sino un refugio para gente sin hogar, que venía solo a ducharse. Y ahora… casi un hotel de negocios para clase media.

Salí de *La Rue* y caminé. No sabía adónde iba. El móvil estaba descargado, la tarjeta casi vacía y el ánimo por el suelo. Carlos respondió con un emoji. Y con la frase: "el hotel está casi vendido".

Pasó un autobús. Ni siquiera se me ocurrió subir. Al caminar se sentía más honesto. Las piernas me llevaban solas: un par de calles, bajo un puente, al lado de una lavandería abandonada... hasta que escuché el eco de una guitarra y bajos. Música en vivo, colándose entre el ruido de la ciudad.

The Torch. Un bar viejo, casi en ruinas, pero con alma. Dentro siempre hacía calor, sonaba fuerte y, de algún modo, reconfortaba. Lo recordaba: una vez, pasando por allí, mi hermano dijo que algún día tocaría ahí.

Risas, una rifa de guitarra, una voz.

Una voz que conocía.

Me acerqué, miré por la ventana empañada. Luces, escenario, dos tipos en una esquina... y él. Mi hermano. Dylan.

Joder.

Estaba con la guitarra, camiseta negra, el pelo un poco revuelto. Me quedé quieta. Él no me vio —seguía cantando— pero su voz… seguía siendo la misma: limpia, un poco rasposa, como si cantara desde dentro.

Entré despacio, sin hacer ruido. Me senté en una esquina, junto a una máquina de cerveza olvidada. Solo quería escuchar. Solo mirar.

Tras un par de canciones, levantó la vista y me vio.

Se le agrandaron los ojos. Se le fue una nota, pero se recuperó enseguida. Sonrió.

Cuando terminó el set, bajó del escenario directo hacia mí.

—¡Clo! —me abrazó tan fuerte que casi me echo a llorar ahí mismo —. ¿Pero por qué no avisaste que estabas en la ciudad?

—Vivo aquí, genio. En ese hotel de la esquina.

—¿En serio? Pensé que seguías con la tía. —Se apartó un poco y me miró con atención—. ¿Estás bien?

Me reí, agotada.

—Digamos que... no es mi mejor día.

—Entonces has venido al lugar correcto. Barra, música y yo: tu equipo de rescate personal.

Fue por dos cervezas y, en un minuto, ya estábamos sentados en una mesa al fondo, como si el tiempo no hubiera pasado. Le conté todo, solo no sobre él: el café, Carlos, el derrumbe. Me escuchó sin interrumpir, sin consejos baratos. Solo estuvo.

—¿Sabes lo que vas a hacer? —dijo cuando terminé—. Te vas a levantar. Vas a mandar todo al carajo. Y vas a hacer algo tuyo. Porque siempre fuiste terca como una mula. Solo se te olvidó. Y eso siempre me sacaba de quicio.

Asentí.

Tal vez tenía razón.

Me abrazó fuerte y cálido. Como siempre. Y las lágrimas cayeron más rápido.

—Tranquilla. Entonces así debía ser —dijo, apretándome los hombros—. Ven, te presento a Joe.

—¿A quién?

—Un colega. Tiene un estudio en Chicago, pero está de gira con nosotros. Y… bueno, ya verás.

Nos metimos entre bastidores. Detrás de la cortina olía a sudor, pizza y cables. Joe era mayor, con un portátil en las piernas y un cigarro tras la oreja.

—Ella es mi hermana pequeña, Chloe. Chloe, Joe.

—He oído hablar de ti —dijo él—. ¿No bailabas antes?

Me reí.

—En quinto grado. Delante de la cámara de Dylan.

—Lo recuerdo. Te cortaste una camiseta con corazones y dijiste que era *alta costura*.

Se rieron. Nos sentamos los tres en un viejo sofá de cuero. Dylan le resumió mi situación a Joe.

—Mira —dijo Joe—. ¿Y si… te vienes con nosotros de gira?

Hizo una pausa, pensó un segundo, y sacó una libreta de su mochila.

—Y después, te instalas en Chicago. Tengo un bar con un pequeño escenario. Es un sitio vivo y musical. Y tú tienes la energía adecuada. Si quieres, puedes probar como manager.

Casi lloro ahí mismo.

—Yo... lo pensaré. Aún tengo el diploma.

—Piénsalo —asintió—. Pero no tardes. Algunas puertas no permanecen abiertas durante mucho tiempo.

Dylan me dio un codazo:

—Te conozco. No te rindes. Nunca. Pero antes… ve con calma. Pasa unos días con nosotros. Estamos alquilando un piso cerca. Te busco cama.

Asentí. Y pensé: ni Carlos, ni Graham.

Yo. Lo que yo quiero.

Y todo se puso en su sitio.

Sí, podría quedarme en casa de Sofía. Pero la idea de no tener que hablar de Graham con mi hermano… me resultaba mucho más tentadora.

Y esa noche, por primera vez en mucho tiempo, me sentí un poco más ligera. No porque las cosas se hubieran arreglado. Sino porque recordé que aún tengo opciones. Y una vida que también es mía.



Capítulo 15. Graham

No escucho una sola palabra. La sala de juntas, los socios, mi padre… todo es un fondo sin sonido. Vacío. El reloj marca las 10:42. Estoy esperando. Tres minutos más y me voy.

Anoche lo entendí: se acabó. Chloe no es solo un capricho. No es solo un café. No es solo una noche. Es con quien quiero despertarme. Se acabó de mentirme. Se acabó de ahogar esto con trabajo.

10:45. Me levanto, recojo los papeles, cierro el maletín y me pongo de pie. Mi padre me mira, no dice nada, pero veo cómo se le tensan los músculos de la mandíbula. Él sigue hablando. Típico. El resto se mira entre sí. Pues hablen. Me da igual. Salgo.

Ascensor. Vestíbulo. Calle. El aire frío me despeja los restos del tedio de la reunión. Camino rápido, casi corriendo. La última vez que pasé por este camino fue hace tres semanas. Todo era distinto entonces. Pensaba que lo correcto era marcharme. No meterla en mi mundo. Entregarlo todo al trabajo. Convertirme en el hijo modelo.

Pero ya no quiero ser su reflejo. Ni su proyecto. Quiero estar con ella.

Compro las flores, doblo la esquina y veo *La Rue*. La fachada de siempre. Respiro hondo y estiro la mano hacia la puerta. Mis manos están temblando un poco.

Cerrado.

Retrocedo, como si me hubieran dado un puñetazo. Me acerco al cristal… y ahí está.

SE VENDE.

¿Se vende?

Un cartel de plástico colgado y torcido. El interior oscuro. Ni una sombra. Ni un ruido de cafetera. Vacío.

—Mierda… —susurro.

Apoyo la frente contra el cristal. Absurdo. No es la escena que tenía en mente. Pensé que se enfadaría. Pues me lanzaría un café con sarcasmo. Y yo le diría todo lo que tenía que decir. A los ojos.

Pero ¿cómo declaras algo cuando ya no hay escenario?

Tiro las flores en suelo. Estoy enfadado conmigo mismo.

Recuerdo cómo hablaba de su sueño. De cómo se convertiría el hotel. De lo que haría por sus huéspedes. Cómo le brillaban los ojos. En su momento ni presté atención. "Sí, genial, negocio". Pero ahora... ahora lo veo claro.

Ella no solo amaba su trabajo. Vivía por él.

Ese lugar era parte de ella. La manera en que trataba a los clientes. Su sonrisa detrás del mostrador. Esa risa suya, ligera. El maldito late con espuma en forma de corazón.

Y ahora... vacío. Y un cartel.

No sé qué pasó. Pero sé que seguro luchó hasta el final. Y que, al final, no le alcanzó.

¿Dónde está ahora? ¿Qué ocurrió?

Solo sé que quiero estar con ella.

Saco el móvil. Su contacto sigue ahí, el primero. El pulgar flota sobre la pantalla. ¿Mensaje? ¿Llamada? ¿O simplemente… salir a buscarla?

Me da igual dónde esté. La encontraré.

Porque si no pudo salvar su sueño, al menos yo intentaré hacerlo. Aunque sea tarde.

Camino de vuelta al despacho, intentando procesar todo. *La Rue* no era solo una cafetería. Era el lugar donde todo empezó. Donde conocí a Chloe. Y ahora siento que me han arrancado un pedazo de historia. Nuestra historia. Quiero recuperarla. Empezar de nuevo. Si ella me deja.

Sé que tengo que ir a verla. En persona. Plantarme delante y decirle todo. Pero no ahora. Ya provoqué bastante con mi salida a mitad de reunión. Y ese cliente es importante, y lo tengo que llevar yo. No puedo desaparecer el resto del día. Chloe tendrá que esperar. Pero iré. Lo juro.

Entro en mi oficina y me dejo caer en la silla. No tengo fuerzas para trabajar. La cabeza me zumba de pensamientos. Me inclino hacia adelante, apoyo los codos en el escritorio y me cubro la cara con las manos.

Un minuto después, alguien carraspea. Levanto la cabeza. Es mi padre, de pie en la puerta.

—Has vuelto —dice, acercándose.

—Sí. Perdón. Tuve que salir.

Mira su reloj.

—Treinta y cinco minutos.

—Lo sé.

—Te fuiste en plena reunión.

—Lo sé. Y no trabajo para ti. Tengo mi propia firma. Y, por cierto, ya estoy buscando otra oficina.

—¿Tenías algo más importante que discutir el caso del mes? ¿Sabes lo que significa para la empresa?

Habla como si no hubiera escuchado nada de lo que acabo de decir.

—Todos los casos son importantes. —Me cuesta no poner los ojos en blanco.

—Exacto. Esa es la esencia de nuestro trabajo. Sabías en qué te metías cuando te lo di.

—Sí. Pero... ¿y si hay algo más en la vida que esto? —Señalo el despacho con la mano—. Me cansé. Quédate con tu cliente.

—¿No quieres tener éxito?

—¿Ese es tu éxito? Empiezo a dudar que eso sea todo lo que quiero, papá.

—Hijo, intento hacerte más fuerte. Prepararte.

—Pues ya no hace falta que me mandes a tus clientes. Me las arreglo solo. Dame esa oportunidad.

Se tensa.

—En este edificio no soy tu padre. Soy tu socio. Quiero hablarte de igual a igual. Debes aprender a enfrentar problemas, no huir de ellos.

—¿Y cuándo eres mi padre? —Mi voz se quiebra.

Él entrecierra los ojos. Lo ha descolocado. Nunca hablamos de nosotros. Nunca fuimos más allá. Él es un hombre de negocios. Su padre también lo era. Me lo inculcó como si no hubiera alternativa. Pero ya no quiero ese molde.

Duda, suspira. Se sienta frente a mí y por primera vez en mucho tiempo… me mira. De verdad.

—¿Qué significa ella para ti? —pregunta.

Parpadeo. —¿Qué?

—La chica. ¿Quién es para ti? Lo demás ya lo sé.

—¿Cómo sabes que…? —Estoy molesto.

—Siempre hay una chica. Y sí, no me gusta. No es de tu nivel. —Una leve sonrisa le dibuja la boca.

Respiro hondo. Parece que por fin vamos a hablar de verdad. Como nunca.

—Se llama Chloe.

Asiente.

—¿Y la cagaste?

Asiento.

—Intenté hacer lo que tú dijiste. Cortar antes de que se complicara. Ser frío. Racional. Pero... ahora sé que fue un error.

Reflexiona, luego se inclina hacia mí.

—Yo también cometí errores. Puse el trabajo por encima de todo. Porque era lo único que sabía hacer. Lo puse por encima de tu madre. Por encima de ti. Incluso por encima de mí mismo.

—Pero mira lo que lograste —digo, en voz baja.

—Sí. Y aquí estoy, sentado en el despacho de mi hijo, sin saber cómo ser su padre. Y admito: tienes razón. Me pasé. Y sé que ella te importa.

Trago saliva. Es demasiado. Incluso me pregunto si esto —el cierre del hotel— tuvo algo que ver con él. Su estilo. Sus abogados saben cómo convencer.

—Perdón, hijo. Pero si me dejas ayudar a arreglarlo, aunque sea solo por un segundo… lo haré.

No le respondo. Me quedo ahí, sentado. Digiriendo todo.

El día no salió como esperaba. Primero, un hotel cerrado. Luego, disculpas a mi padre. Y por fin… claridad.

Ahora sé qué tengo que hacer.



Capítulo 16. Chloe

Estoy sentada en una mesa medio destartalada en el piso que mi hermano ha alquilado con su grupo por un par de noches. Huele a té, pan tostado y cuerdas de guitarra —de algún modo, sí, ellas también tienen olor. Dilan está de pie junto a la cocina, en camiseta sin mangas, el pelo recogido en un moño desordenado. Prepara huevos revueltos como si hubiera nacido de gira y llevara un tostador en la mochila desde siempre.

—Listo —dice, dejando un plato frente a mí—. Obra maestra culinaria de una futura estrella del rock.

—Espero que no me envenene —bromeo, dándole un sorbo al té.

—Siempre tan desagradecida… y eso que llevas puesto el colgante que te regalé por tus dieciocho —resopla, sirviéndose café—. Bueno, cuéntame. ¿Y ahora qué?

Suspiro y miro por la ventana. La ciudad ruge allá abajo, pero en mi cabeza todo es silencio. Vacío. Y al mismo tiempo, inquietud.

—Estaba pensando… tal vez debería irme a vivir con Sofía un tiempo.

Él arquea las cejas, sorprendido.

—¿Tan mal está todo? Te prometo que voy a recoger mis calcetines, y haré que los demás también lo hagan.

—No es por eso. Sofía me lo ofreció y pensé… ¿por qué no?

Asiente sin juzgar. Dylan siempre ha sabido cuándo el silencio es la mejor respuesta.

—¿Ya le dijiste que te vienes conmigo? ¿A Sofía?

Niego con la cabeza.

—Pensaba hacerlo ahora. No quiero que se entere por... accidente. Nunca vivimos juntas del todo, pero a veces me quedaba a dormir allí. Y no sé. Si me voy contigo a Chicago, me siento un poco culpable.

—¿Culpable por qué?

—Por huir. Por no poder con todo. Pensé que, a estas alturas, ya tendría algo sólido. Y tengo… una maleta rota, una cuenta vacía y demasiados sentimientos por un tipo que desapareció.

Me mira con dulzura.

—¿Un tipo? Vaya, de eso no me habías contado. Pero tienes cabeza, carácter y un título casi en mano. No estás huyendo, Hlo. Estás dejándote ayudar. Y eso no es lo mismo.

Le sonrío y asiento.

—Gracias. A veces dices cosas como si tuvieras cuarenta, no veintisiete.

—Cuidado, que me tiño de canas por efecto dramático.

Río, y con la risa, se me aligera el pecho. Dilan se levanta, viene hasta mí y me envuelve en un abrazo fuerte.

—Vas a salir de esta. No será fácil. Pero no estás sola. Estoy contigo, hermana.

—Lo sé —susurro—. Gracias por estar aquí.

—Siempre —dice, guiñándome un ojo—. Pero ahora, anda. Llama a Sofía. Dile que te vas con tu hermano. Y no quiero quedar vetado entre tus amigas.

—Está bien, está bien. Ya llamo.

Marco su número, esperando que lo entienda.

—No, no pasa nada. Justo quería hablar contigo —empiezo—. Verás…

La escucho cerrar una puerta al otro lado de la línea.

—¡Eric me propuso mudarme con él! —chilla—. Y consiguió que trabaje como una de las encargadas del restaurante.

Casi escupo el café.

Yo sabía que no podía permitirme alquilar sola… y esto termina por confirmar que irme con Dilan es lo mejor. Sin dudas.

—¿Qué?

—¡Lo sé, lo sé! Es rápido, pero... se siente bien.

—"Rápido" es decir, poco. ¿Estás segura de que es buena idea?

—¡Ay, Chloe! Tiene un piso diez veces más grande que el nuestro. Sus padres son encantadores. Y ya estoy aquí —añade, como si eso lo explicara todo.

¿Sus padres?

¿Tan rápido? ¿Ya conociste a los padres?

—Sí, claro. ¿Y para qué esperar al amor?

Niego con la cabeza. Por supuesto que sí. Es Sofía. Nadie se resiste a esa risa suya ni a su charla imparable. Cuando decidió algo, se acabó. Solo esperaba que no se equivocara. Apenas llevaban saliendo…

—Bueno... me alegro por ti —atiné a decir, intentando sonar convincente.

—¡Gracias, Chloe! Entonces… ¿y tú? ¿Convenciste a Carlos de no vender el hotel? ¿Te llamó Graham? Sé que no tiene novia.

Le conté, a grandes rasgos, que ahora estoy en casa de mi hermano y que probablemente me iré con él. Que solo volveré al final del curso. Él está de gira, y eso me despejará. Luego tal vez trabaje como encargada en un bar de rock en Chicago.

—¿En Chicago? ¿Lo pensaste bien? Bueno… podría hablar con Eric, quizás podrías quedarte con nosotros un tiempo. Hay espacio. Y tienes el diploma.

Tras varios intentos de explicarle que ya todo está decidido, corté la llamada con un alivio sutil… pero también con algo de nostalgia.

Hemos sido amigas casi seis años. Claro que seguiremos siéndolo. Pero sentí, en ese instante, que cerrábamos un capítulo. El final de toda una era.

Por otro lado, vivir con Dilan fue una decisión acertada. Sin alquiler que pagar, con más tiempo para estudiar y la posibilidad de ahorrar algo —especialmente después de la indemnización que me dio Carlos. Fue una suma con la que, al menos, podía cubrir tranquilamente los exámenes finales.

Pensé en la cafetería. Tenía que pasar a recoger algunas cosas. No era de extrañar: esa esquina, las ventanas amplias, el toldo azul…

Era el lugar perfecto para un café matutino y un buen servicio para los huéspedes. Qué lástima que no terminara siendo mío. Pero algún día… cuando llegue el momento, tendré mi propio hotel. Lo sé.

—¿Y entonces? —preguntó Dilan desde el marco de la puerta, con una toalla al hombro y una taza en la mano.

—Todo bien. Ella también estaba a punto de mudarse.

—¿Ves? Las cosas se acomodan solas —dijo, asintiendo.

Me levanté del sofá, me estiré y miré mi camiseta vieja de la época del colegio.

—Voy al hotel. Quiero recoger algunas cosas y tal vez llevarme un par de cajas. Hay muchos libros que necesito para la universidad.

—Pero vuelve para la cena. Hoy toca mi pasta estrella con vino —dijo guiñando un ojo.

—Ni loca me pierdo tu restaurante.

Subí por mi bolso, grité un "¡hasta luego!", y abrí la puerta. Y casi me estampé contra él.

Graham.

Tenía la mano levantada, justo para llamar a la puerta.

Se me encogió el estómago. ¿Qué hace aquí? ¿Y por qué en el apartamento de mi hermano? ¿Cómo lo supo?

—Hola —dijo él en voz baja, mirándome a los ojos.

—¿Qué haces aquí? —crucé los brazos sobre el pecho.

—Sofi me dijo dónde encontrarte. Primero fui al hotel… estaba cerrado. Luego pasé por el piso de ella, pero no estabas. Pensé que me estabas evitando y que Sofía lo hacía a propósito, pero una vecina me confirmó que llevabas días sin aparecer por ahí. Después Sofía llegó… justo cuando tú la llamaste. Tuve que recurrir a

métodos poco legales para conseguir tu dirección. Ella no tiene la culpa.

¡Qué traidora! ¡Y acabábamos de hablar! ¡Podría al menos haberme avisado! Me hubiera arreglado el pelo, me habría cambiado. En esta camiseta y estos pantalones parezco un gnomo vengativo.

—Acabo de hablar con ella. ¿Y ya estás aquí? —espeté.

—Sabía que probablemente no abrirías, así que me apresuré.

—Pues… justo. —Me encogí de hombros.

—Chloe… lo siento mucho.

—¿Por qué? ¿Por irte justo después de que… —bajé la voz— nos acostáramos?

—No fue así. Mi padre… bueno, pasó algo. Es difícil de explicar.

—Te fuiste cuando aún había luna en el cielo. ¡Y después, ni un mensaje, ni una palabra! —casi grité.

—¿Y tú por qué no escribiste? ¡Yo también estaba esperando! —alzó la voz él.

—Oh, claro. ¿En qué empresa hacen reuniones hasta el amanecer? —solté con sarcasmo.

—No voy a dejar que esto se interponga otra vez entre nosotros.

—¿Entre quiénes? ¿Nosotros? Ya no hay "nosotros".

—Dame una oportunidad para arreglarlo. Por favor.

—¿Qué está pasando aquí? —escuché la voz de Dilan. Estaba en el pasillo, con una ceja alzada.

—Todo bien —dije sin mirarlo.

—¿Y ese “todo bien” no puede desarrollarse adentro? Los vecinos van a llamar a la policía, o tendré que repartir palomitas —

refunfuñó, alejándose.

Miré a Graham, rodé los ojos y lo empujé adentro, cerrando la puerta tras él de golpe. Por supuesto, Dilan se quedó cerca —lo conozco, seguro está pegado a la pared escuchando.

—Chloe, yo… de verdad lo siento. Me equivoqué. Pensé que éramos demasiado distintos. Luego estuvo mi padre…

—Eres un adulto, Graham. ¿En serio aún necesitas que tu papá te diga qué hacer? —crucé los brazos, evitando su mirada.

—Lo entendí. Tarde, sí, pero lo entendí —dijo en voz baja—. ¿Puedes solo… escucharme? Una vez. Sin sarcasmo.

Rodé los ojos, pero no dije nada. Él lo tomó como un sí.

—Bueno, te escucho. ¿Además, quien es Christine? —solté al fin.

Suspiró.

—Eres… absolutamente insoportable a veces. ¿Lo sabías?

—Gracias por el cumplido. ¿Y ahora me vas a decir qué quieres?

Dio un paso hacia mí.

—Te quiero a ti. Porque sin ti, todo se derrumbó. Soy un idiota, Chloe. En serio.

Inhalé bruscamente, pero fingí que no me afectaba. Ni un solo músculo en mi cara se movió. Solo el mentón se tensó y mi mirada se volvió más fría. Bueno… casi.

Él dio un paso más y, antes de que pudiera apartarme, me puso la mano en la mejilla. Luego deslizó un dedo por mi mentón y lo levantó ligeramente, obligándome a mirarlo. Esos ojos verdes… Los que quería olvidar. No funcionó.

—Sé que no debía haber actuado así. Y sí, pedir una segunda oportunidad es una desfachatez. Sobre todo porque ya me costó

bastante conseguir la primera. Pero si me das aunque sea la mitad de una oportunidad, te juro que no la arruinaré otra vez. Christine es parte de mi pasado, y nunca significó nada para mí.

La voz le tembló en esa última frase. Y sentí cómo algo dentro de mí se rendía. Mierda.

Cerré los ojos y apoyé la cara en su palma. La garganta se me cerró. De verdad quería mantenerme firme. Pero las lágrimas salieron solas. Él las limpió de inmediato con el pulgar y me atrajo hacia él.

Cuando se inclinó y me besó —suave, cuidadoso, como si temiera que lo rechazara— no lo aparté. Le rodeé el cuello con los brazos y me pegué a su cuerpo. Me besaba como si temiera que fuera la última vez. Y yo, maldita sea, sonreía entre beso y beso. Hasta que solté una carcajada.

Desde la cocina se escucharon aplausos.

Nos separamos. Y, claro. Ahí estaba Dylan, con una sonrisa como si acabara de ganar la lotería.

—¡Dylan!

—¿Qué? —dijo, encogiéndose de hombros—. Tengo un show en vivo aquí mismo.

Gemí, avergonzada.

—Graham, ven. Tienes que conocer a mi hermano.

Él sonrió, y yo lo llevé de la mano hacia la cocina. Y en ese instante supe: él realmente había vuelto.

***

En la cocina hacía calor, pero no por el horno o el té que habíamos tomado.

Dylan ya estaba sentado con la guitarra en las manos, como si en vez de un desayuno tuviera un concierto de apertura para los Arctic Monkeys. Graham se sentó enfrente, todavía un poco tenso, pero mirando con interés cómo mi hermano afinaba las cuerdas.

—¿Tocas? —preguntó Dilan, entrecerrando los ojos.

—Antes sí. En la universidad. Incluso formamos una banda.

—¿En serio? ¿Cómo se llamaban?

—Motion Law. No preguntes. Fue… ambicioso.

Dilan soltó una carcajada.

—Suena como el nombre de un abogado que quiere ser estrella de rock.

—Casi aciertas —sonrió Graham.

Conectaron rápido, y en cuestión de minutos ya estaban sentados uno al lado del otro, compartiendo acordes, recordando canciones viejas y riendo como si se conocieran de toda la vida. Yo me quedé apoyada en el fregadero, observando sin poder creer que eso estuviera pasando.

—Bueno —dijo Dilan, colgándose la guitarra a la espalda—, me encantaría quedarme, pero tengo cita con la banda.

—¿La banda? —fruncí el ceño.

—Sí, la musical. Ensayo.

Me guiñó un ojo.

—Los dejo solos. Parece que aquí hay un solo que no es de guitarra.

Salió de la cocina, dejando atrás el aroma a barniz de guitarra y la sensación de que algo estaba por suceder.

Me giré hacia Graham. Se puso de pie, se acercó y sus ojos se pusieron serios.

—Eso no es todo, Chloe.

—¿Qué? —me tensé.

Suspiró.

—El hotel. La cafetería. Todo el edificio. No fue solo que Carlos decidiera vender. Fue mi padre. Envió a sus abogados —no directamente, claro— y presionó, porque sabía que tú eras importante para mí. Quería que no estuviéramos juntos.

—¿Qué? —Casi se me cayó la taza de las manos—. ¿Así fue como lo perdí todo?

—Pero no lo dejé. Al final él entendió que tú eres importante para mí. Lo solucionamos. Carlos y yo renegociamos todo. Y ahora… el hotel es tuyo. Y la cafetería también. Tienes todo para volver a empezar.

Lo miré, sin entender. ¿Qué acaba de decir?

—Espera… ¿QUÉ? —fue lo único que logré articular antes de lanzarme a abrazarlo con fuerza—. Estás loco. Eres completamente… increíble. ¿Sabes que ahora estás condenado a que te prepare café todos los días?

—Espero que con un corazón en la espuma —susurró en mi cabello.

Solté una carcajada y levanté la cabeza, encontrándome con su mirada. Se inclinó y nuestros labios se fundieron en un beso —apasionado, intenso, sin reservas. Mi cuerpo se pegó al suyo, me

empujó suavemente contra el mueble de la cocina, su respiración se aceleró, sus manos se colaron bajo mi horrible camiseta.

Ya casi me había perdido en él, en nosotros, en este instante, cuando de pronto se detuvo.

—No. No aquí —murmuró, apoyando su frente en la mía—. Nada de camas ajenas. Solo la nuestra. Solo lo nuestro.

Exhalé. Y sonreí.



Epílogo

Tres meses después. Chloe

Estoy de pie frente al espejo, enfundada en un vestido elegante, con una sonrisa auténtica que intenta disimular el temblor nervioso en el estómago. Hoy es el día de la inauguración. De *mi* hotel. Mi propio hotel de boutique, en pleno centro. Cada habitación rediseñada según mis bocetos: camas cómodas, textiles coloniales, plantas, detalles vintage y, por supuesto, aire acondicionado.

La cafetería del primer piso ahora tiene una terraza con mesas de madera, mantas, luces colgantes y un aroma que mezcla granos recién tostados, lavanda y croissants recién salidos del horno.

Laila se quedó. Le subí el sueldo, añadí comisiones, y ahora trabaja feliz desde las seis de la mañana hasta el cierre. Sus risitas llenan la sala como parte del ambiente.

Eric y Sofía vinieron a la inauguración. Están bien. Se fueron a Hawái y sus fotos han invadido mi galería.

Lo más inesperado fue que la señora Jenkins trajo a la mitad de sus amigas —mujeres de negocios, diseñadoras, influencers— y de

pronto nuestra terraza se llenó de un aire sofisticado, casi lujoso.

Mi hermano, Dylan, también apareció, a pesar de su gira. Claro que Graham no me dejó ir con él, y al final contrataron a alguien más para cubrir el pub en Chicago. Ahora Dylan está en la terraza, guitarra en mano, cantando después del corte de cinta.

Cuando la tarde empezó a calmarse, se acercó él. El padre de Graham. Alto, serio… pero sus ojos hoy se veían distintos. Más suaves.

—Es impresionante, Chloe —me dijo—. Graham no se equivocó contigo. Felicidades por el hotel… y por el diploma.

—Gracias —respondí.

Después se dirigió a Graham con un apretón de manos. Yo me contuve. Porque, aunque nunca lo habría imaginado, fue este hombre quien ayudó a que todo esto fuera posible. Graham me contó que, al final, su padre intercedió con la compra. Y sí, logré defender mi tesis. Graham me dio todo lo que necesitaba para terminar mis estudios.

***

Cuando su padre se fue, minutos después Graham me tomó de la mano y me llevó a su hotel. Al piso más alto. Cuando supe que vivía ahí, me quedé perpleja. Pero tenía sentido. Le limpiaban, cocinaban… era práctico para un soltero ocupado. Y el room service era, literalmente, de otro nivel.

Graham me explicó que la cadena hotelera familiar tenía sedes en Boston y Los Ángeles. Quería que me encargara del diseño y la gestión de interiores.

Le dije que no. Al menos por ahora. Porque soy feliz aquí.

En este pequeño universo que construimos. En esta historia que es *nuestra*. Aquí, yo tomo las decisiones.

—Y eso no es todo —añadió él, mirándome con esa intensidad suya—. Te admiro, Chloe. Por tu impulso. Por tu fuerza.

Entonces se arrodilló y sacó una cajita de terciopelo.

—Chloe… ¿quieres casarte conmigo?

La habitación olía a lujo y deseo: madera, cuero, especias… y mi perfume, ahora denso, casi líquido. El corazón golpeaba contra mi pecho. El anillo pesaba, como una promesa imposible de ignorar. Me giré hacia la ventana un segundo, mirando la ciudad. Lo sentía detrás de mí. Tenso. Silencioso. Cargado.

—Di algo… —murmuró, ronco.

Me volví hacia él. Por dentro, era una tormenta. No dije nada. Solo avancé. Y lo besé.

Con hambre. Con rabia. Sin permisos ni dudas. Su boca se abrió de inmediato y me sostuvo con una fuerza que gritaba que lo había estado esperando.

Sus manos recorrieron mi espalda, bajaron la cremallera. El vestido cayó. El aire frío me acarició la piel ardiente. Gruñía, me mordía el cuello, me agarraba los muslos y el pecho como si quisiera memorizarme al tacto.

—No sabes cuánto he soñado con arrancarte este vestido —susurró contra mi oído, dándome una nalgada.

—Y yo siempre soñé con darte un puñetazo —jadeé, mientras le arrancaba la camisa, botón por botón, como si me cobrara cada discusión.

—Después. Ahora... voy a follarte.

Me alzó como si no pesara nada y me lanzó a la cama. Cayó encima, su cuerpo denso, firme y caliente. Gemí cuando su mano se coló entre mis piernas.

—Ya estás mojada. ¿Es por el anillo? ¿O porque sabías que esta vez no me iba a detener?

—Si te detienes, te mato —gruñí, moviéndome bajo él.

Sonrió de lado. Feroz. Como un animal que al fin tiene a su presa. Sus dedos entraron. Dos. Profundos. Firmeza y ritmo. Grité al morderme el labio. Su boca atrapó mi pecho, succionó fuerte. Mis uñas se clavaron en su cabello. Me arqueaba, me perdía.

—Relájate, Chloe. Ya eres mía. Del todo.

Cuando su lengua me encontró, no pude más que gemir. Era sucio. Divino. Y cuando mi cuerpo tembló y se contrajo, gritando su nombre al caer en el orgasmo, él solo sonrió y lamió hasta el último espasmo.

—Estás deliciosa —gruñó, quitándose los pantalones—. Me estás volviendo loco.

—Demuéstralo —susurré.

Entró de una —firme, hasta el fondo— y grité. Calor, presión, gloria. Cada embestida borraba el pasado. Solo quedaba esto. Él. Yo. Nosotros.

—Así. ¿Lo sientes? Voy a quedarme contigo. En ti. Sobre ti. En cada maldito centímetro.

No podía hablar. Solo gemir, temblar, agarrarlo como si me fuera la vida. Hasta que se vino, deshaciéndose entre jadeos, mi nombre escapando de su boca.

Me acurruqué contra él. El pulso aún tronaba en los oídos. Me abrazó fuerte.

—Esto no es solo un anillo, Chloe. Es un juramento. Eres toda mía.

—¿Y el café con corazón por las mañanas?

—No es obligatorio.

Sonreí, aun sin aliento.

—Entonces prepárate, Graham. Porque ya no pienso soltarte nunca. Mi adorado, imposible "my mister Sexy Hate".